

—Nada, chico... este pobre hombre...

—¡Qué! ¿te pide alguna limosna?

—Es tan pesado...

—Sabrá aquello de que pobre importuno saca mendrugo.

—Este será su novio —dijo para sí el Rumboso, y se retiró á su asiento que habia abandonado para requebrar á la ramilletera.

El pintor bajó de la escalera, y se colocó al lado de Cármen.

—¿Quieres un ramillete? —preguntó la florera al pintor.

—¿De balde?

—Ya sabes que todo lo mió es para ti.

—¿De veras?

—¡Pues qué! ¿no puedo yo contar con lo tuyo?

—¡Si yo no tengo más que mi pobre brocha!

—Y yo mis ramilletes... Toma este que es el mas bonito.

—Mira, fijamelo con un alfiler en la blusa... Aquí... sobre el corazon.

—¡A dos cuartos el ramillete! —gritó la jóven mientras colocaba uno en la blusa de su novio.

—¡Hola! —esclamó un elegantillo que iba de bracero con otro— ¡qué muchacha tan linda la de los ramilletes!

Y aproximándose los dos mozalvetes, se calaron los quevedos y empezaron á mirar con ridícula afectacion á la jóven.

—¿Qué querrán estos monos? —murmuró Lucas para sí.

—Señoritos, á dos cuartos—dijo Cármen.

—A dos cuartos puestos en el ojal... ¿verdad? —preguntó el uno de los dos elegantillos.

—¿Por qué no?

Y la linda jóven puso un ramillete en uno de los ojales del gaban de cada señorito.

—Toma —dijo uno de ellos dejando caer un real en la mano de la jóven.

—Por los dos ramilletes—dijo el otro.

—Y aun sobran cuatro cuartos, señoritos—repuso Cármen.

—Guárdatelos —dijo en tono de generosidad el que nada habia dado.

—Muchas gracias.

—¡A Dios, hermosa! —esclamó el del realito.

—¡A Dios, perla de Madrid! —dijo el otro.

Y ambos se dirigieron á la iglesia.

—Una limosnita por Dios, señoritos— dijoles el Rumboso.

Los dos mocitos no hicieron caso del pordiosero, y al entrar en la iglesia, volviéronse por última vez hácia donde estaba la florera, y la saludaron con la mano.

—A dos cuartos el ramillete— seguia gritando.

—Toma este— le dijo en tono brusco Lucas.

—¿Cómo así?

—Yo no quiero lo que das á todo el mundo.

Y entregando á Carmen el ramillete que de ella habia recibido, volviése á subir en la escalera para seguir pintando.

—¿Qué mala mosca te ha picado, Lucas?— preguntó Carmen á su novio.

—No me hables— respondió Lucas muy enojado.

—Pero ¿qué tienes?

—Nada... quiero acabar pronto este trabajo.

—¿Para venirme conmigo?

—Para huir de tí.

—¿Para huir de mí!

—Sí... eres una ingrata.

—¿Yo?

—Tú, sí... eres una coqueta.

—No sé por qué dices eso.

—Porque tratas á todo el mundo lo mismo que á mí. Les das ramilletes...

—Es falso, mentiroso.

—Eso es, llámame embustero después de lo que he visto. Eso es tras de cuernos palos.

—Bien los merecieras, que eres peor que un chiquillo mal criado.

—Y tú eres una mujer falsa.

—¿Pero por qué?

—Porque das ramilletes á todos.

—No los doy, que los vendo.

—¿Y á qué precio los pones en el ojal?

—¿A qué precio?— preguntó Carmen sonriéndose.

—¿A qué precio los pones en el ojal?— gritó con rabia el pintor.

—No grites de ese modo, que vas á llamar la atencion, bárbaro.

— Juro que me he de vengar.

— ¿De quién?

— De tí, olvidándote para siempre.

— ¿Y de quién más? — preguntó Carmen riéndose á carcajadas.

— De todos los lechuguinos... de todos los pollos que pasen por mis inmediaciones... ¡Oh! Y mi venganza será horrible...

— ¡Ay que miedo! Pero... ¿qué veo? Tu madre viene aquí.

— ¡Mi madre!

Y Lucas bajó de la escalera.

Un momento después llegó una mujer de unos cuarenta años, de aspecto agradable y vestida con aseó á la manera que acostumbra en Madrid la clase artesana.

— ¿Cómo está usted, señora Juana? — le preguntó Carmen.

— Muy bien, Carmencita, ¿y tú? — dijo con amabilidad la recién llegada.

— Sin novedad, gracias á Dios... Ahí tiene usted á ese perillan...

— Por él vengo..... le traigo la comida..... Como tardaba tanto; pero ya conozco ahora la causa de su tardanza.... Cuando está en tu compañía lo olvida todo... hasta el comer... que no es poco en él que es tan tragon. ¡Ya se vé, como te quiere tanto!...

— Si, mucho. Ahora mismo acaba de decirme que va á olvidarme para siempre.

— Si señora, porque es una ingrata.

— ¿Pues qué te ha hecho?

— Me ha dado un disgusto atroz, un disgusto del que no podré consolar-me jamás. ¿Y qué me trae usted en el cestico?

— Un pucherito con un poco de vaca, tocino, judías, berza.... ya lo verás... y viene ya el pan cortado para echar en el caldo...

— A ver, á ver... que tengo un hambre...

— Ya ve usted, señora Juana — dijo la ramilletera — los disgustos que yo doy al pobrecito Lucas, le trastornan de modo que...

— Ya se vé que sí — repuso el pintor apoderándose del cesto en que venia su comida. — Me has desgarrado el corazon.... ¡Hola! aquí viene una tortilla...

— Y con cebolla que te gusta tanto — añadió la señora Juana.

—¿Pero cómo ha de comerla con el corazón desgarrado?—dijo Cármen riéndose.

—Voy á comer de rabia—alegó Lucas.—Estoy por empezar por la tortilla... echa un olorcillo tan consolador.

—No hagas tonterías—replicó su madre.—Empieza por la sopa, después el cocido, luego la tortilla, y esta naranja para postres.

—¡Cáspita!—esclamó la florera.—Esa es una comida de príncipe.

—Gracias al buen celo de mi madre—dijo Lucas abrazando á la señora Juana.—Por eso la quiero tanto.

—Le mimas demasiado, señora Juana, y luego, cuando sea mi marido, querrá también que yo le mime... y le contemple...

—Yo no quiero casarme.

—¿Lo oye usted?—esclamó Cármen mirando á la señora Juana.

—Demasiado conoces tú que lo dice en chanza—repuso la madre del pintor cruzando una mirada con la jóven.

—Siéntate en esta escalera—dijo el pintor á Cármen.

—¿Y por qué?

—¿No vé usted, madre, qué replicona? Quiero que coma conmigo.

—Pero si yo he comido ya á medio día.

—No importa.

—Es que me hará mal.

—¡Toma! pues eso es lo que busco... proporcionarte un buen cólico que me vengue de tus infidelidades.

—¡Infidelidades!—dijo la señora Juana.—¿Y por qué dices eso?

—Nada—respondió Cármen—porque unos señoritos me han echado cuatro requiebros.

—Pues eso debe envanecerte, hijo mio; es prueba de que has sabido elegir tu novia. Si no fuera tan bonita no la echarian piropos. Lo mismo hacían conmigo cuando era jóven, y tu padre, que en paz descansa, lejos de enfadarse se ponía tan hueco!...

—¿Y lo del ojal?—preguntó Lucas muy enfadado á la ramilletera.

—No seas tonto, y comamos juntos como marido y mujer—dijo sonriéndose la amable jóven.

—Sí, sí—añadió en tono brusco Lucas—de este modo me he de vengar; comamos como marido y mujer, esto es, refunfuñando. Ya verás, ten-

diendo esta escalera de tijera, podremos sentarnos en ella uno en frente de otro... para regañar con mas comodidad. ¿Y usted, madre?

—Yo estaré mejor en el suelo.

—Pero comerá usted tambien.

—No, hijo mio, he comido ya, y he de tener mucha conducta si no quiero estragar mi estómago. Eso es que empiezo á hacerme vieja.

—Sí, sí, buenas trazas lleva usted de hacerse vieja. Todavía se vá usted á casar antes que nosotros.

—Dice bien Lucas —añadió Cármen.— Y mas ahora que ha resuelto permanecer soltero.

—Déjale hablar—repuso la señora Juana— tantas ganas tiene él como tú de recibir la bendicion del cura, hija mia.

—¡ Su hija de usted ! Ojalá que lo fuera pronto.

—En cuanto llegue la primavera...—Y diciendo esto quedóse Lucas fro-tándose las manos.

—Vamos, concluye,—dijo Cármen.

—Me casaré contigo... solo para vengarme de tí, y dar rabia á los pollos del ojal.

—Con que en llegando la primavera... ¡ Sí, sí ! ¡ Hace tanto tiempo que me estás diciendo lo mismo !...

—Descuida, hija mia, que ya estoy juntando algunos ahorrillos... y ve-rás como ese picarillo se casa —dijo la madre.

—Es que ha de ser conmigo.

—Y te he de dar mas palizas...—dijo Lucas sonriéndose.

Esta conversacion se prolongó todo el tiempo que duró la comida.

—Hasta luego, hijos míos—dijo la señora Juana.— Lucas, mira de no ir muy tarde á casa. Ya sabes que yo estoy por algunos dias de sirvienta en casa de doña Petra, y no sé si me quedaré allí á dormir.

—Descuide usted —esclamó Lucas— espresiones al señorito Andrés y á la señorita Adela.

—Adios, señora Juana,—añadió la ramilletera.

—Ahora que he recobrado mis fuerzas, Carmencita, voy á terminar mi fresco.

—Y yo á dar un paseito en busca de parroquianos.

—Pero te prohibo lo del ojal.

—Corriente, no lo haré mas.

Y mientras Cármen se alejaba pregonando su mercancía, Lucas volvió á su escalera para terminar la muestra que estaba pintando, y comenzó á filosofar de este modo:

—Si yo fuera diputado á Córtes... ó ministro... Con que fuera celador de barrio ó comerciante de la calle de Postas, ¿no valdria mas que ese monuelo que se aproxima con el lente en ristre? Bien decia yo que no habia de tardar en presentarse la ocasion de mi venganza. ¡Y el infeliz viene para acá! Poco sabe él la que le espera.

Era el conde de Campofrio el que se aproximaba á la escalera de Lucas, y cuando este le tuvo bien seguro, sacudió el pincel sobre su levita, exclamando para sí:

—Anda, que eso se conserva mas tiempo que las florecillas en los ojales. ¡Qué lástima que no hayan caído esas manchas sobre los mocitos de antes! Este es el mundo, siempre pagan justos por pecadores... ¡Toma! ¿qué importa? Aunque mas espigado, pertenece tambien á la cluécada... Pollós eran los que ofendieron mi honra camelando á la que ha de ser mi mujer, y pollo es el que ha recibido el agua bendita de mi hisopo.

—¡Una mancha! ¡y de pintura! ¡que no cargara con él una legion de demonios! Esto me faltaba... — exclamó el conde mirando con ira al pintor.

—Usted perdone, señorito, — dijo Lucas con ironía. — Bien sabe Dios que...

—¿No podia usted avisar á la gente?

—Eso no vale nada... se quita fácilmente.

—Sí, con el pedazo...

—Pues ya se vé que sí... — y para sí añadió: — Esto está terminado... y me alegro... no es nada cómodo cultivar las artes al aire libre cuando hace frio. Voy á echar una copita... á celebrar dignamente en la taberna el triunfo de mi venganza.

## CAPITULO V.

## UN AMIGO IMPROVISADO.

— Me ha fastidiado completamente el buen pintor,— decía para sí el conde de Campofrío, siguiendo preocupado con el rocío que había salpicado su levita.— ¡Vaya una mancha!... ¿Una?... sí, sí... ya podía darme por satisfecho; pero aquí hay otra... y otra mas abajo... y dos pequeñitas á este lado... todas tiernecitas como una manteca. Si las toco, se estenderán mas, y si las dejo secar... ¿quién demonio?... ¿Válgame Dios! ¡Que me suceda á mí esto! ¡A mí, tan apasionado de las bellas artes! ¡Ingratas! ¿Pero cómo he de presentarme de este modo delante de las gentes? Me haré el desentendido... como si no hubiera reparado en tan horrible percance. Si alguno me diese razon de un quitamanchas... pero ¿y con qué he de pagarle? Ahora me hace falta la peseta que he dado al pobre que me ha pedido limosna al salir de casa.

— Señorito, una limosnita por Dios á este pobre impedido,— dijo el Rumboso aproximándose al conde.

— ¡Hola! ¿usted por acá otra vez?— exclamó el conde.— ¿Pues no le he dado ya una peseta?

— ¡Ah!... es verdad, señorito... no habia reparado... repito á usted las gracias por su generosidad... ¡En el dia hay tan pocas almas caritativas!.....

Son muy pocos los que dan limosnas de cuatro reales... Dios se lo pagará á usted, señorito, y le aumentará los medios de poder socorrer á los desgraciados.

—Amen...—dijo el conde en alta voz, y luego añadió para sí:—y si no lo hace pronto... ya no sé como salir de mis apuros.

—¡Es tan triste, señorito, tener que implorar la caridad ajena!

—Mas triste es no poder implorarla—pensó el conde.

—Dios le libre á usted de verse en semejantes trabajos.

—Este hombre me mortifica.

—Él le dé á usted salud, señorito.

—¡Gracias, hermano!...—y entre dientes añadió:—mas falta me hace el dinero. Lo peor es que el estómago corre parejas con el bolsillo... Ambos á dos están exhaustos... ¿Si sabría ya el consabido pintor el deplorable estado en que me encuentro? De otro modo ¿cómo habia de mancharme? Todo el mundo se cree con derecho á jorobar á los pobres. Cuando me sobra el dinero, me acosan por todas partes los amigos, me llenan de cumplimientos, de adulaciones... me convidan... y no admito sus convites... y hoy... hoy que no poseo un solo maravedí... hoy que tengo hambre... nadie se me acerca... Hoy que busco un solo amigo que me convide á almorzar..... mis amigos se han evaporado... pero... ¡albricias!... allí veo una cara que no me es desconocida...

—Creo conocer á este caballero—decia para sí un hombrecillo gordo contemplando al conde de Campofrio, que á su vez le miraba con afecto.

—Me parece, caballero, que no es esta la primera vez que tengo el honor de hablar con usted—esclamó el conde.

—El honor es para mí, caballero—contestó el hombre recién llegado.—Tambien me parece haber visto á usted en otra parte.

—Soy el conde de Campofrio.

—¡El conde de Campofrio!

—¿Lo estraña usted?

—Conozco mucho al señor conde de Campofrio... Es mi mejor parroquiano.... Siento desmentir á usted, pero el señor conde tiene mucha mas edad que usted...

—Ese era mi padre.

—¿Su padre de usted?...., Verdad es que hay semejanza en las faccio-

nes..... Y dice usted que *era* su padre..... ¡ pues qué ! ¿ ha muerto el señor conde ?

— Sí, señor.

— Debía haberlo adivinado..... viendo que se le parece usted como un huevo á otro, y que lleva traje de luto. ¿ Es usted su heredero ?

— Como hijo único...

— Me alegro mucho... y doy á usted el mas cordial parabien...

— ¡ El parabien !

— El parabien... y el pésame al mismo tiempo.

— No entiendo...

— El pésame, porque el señor conde era un apreciableísimo sugeto, y no dudo que sería tambien un buen padre.

— El mejor del mundo.

— Ya vé usted pues, como está muy en su lugar el pésame que acabo de dar á usted.

— Y le acepto con gratitud.

— En cuanto al parabien...

— No puedo aceptarle de ningun modo.

— Sin embargo, el señor conde debe haberle dejado á usted una pingue herencia.

— ¿ Y cree usted que esta circunstancia puede hacer menos sensible la pérdida de un buen padre ?

— Los duelos con pan son menos, dice un antiguo refran. Se conoce que usted no se ha visto nunca en la necesidad de tener que mendigar el pan. La pobreza es tan horrorosa, señor mio, que el que tiene la fortuna, como usted ahora, de adquirir una herencia que le ponga para siempre en salvo de los horrores del hambre, no debe poner reparo en admitir el parabien de los amigos, mayormente cuando este parabien es sincero. Como digno heredero del señor conde, es justo que herede usted tambien el verdadero afecto que yo le profesaba, y espero que usted en cambio no me negará el suyo.

— Yo no puedo menos de apreciar como es debido á las personas á quienes mi padre apreciaba — respondió el conde, y añadió para sí: — ¡ Dios quiera que este improvisado amigo no haya almorzado aun y se digne admitirme en su mesa. La gazuza comienza á incomodarme.

— ¡ Oh ! su papá de usted me ha dispensado siempre una confianza sin

límites. ¡Cuántas veces hemos almorzado juntos!

—¿De veras?

—Me honraba con una predileccion singular.

—¡Oh! pues toda vez que él tenía tanto placer en sentarse á la mesa de usted, no puedo menos de aceptar el convite.

—¡El convite!

—Disimule usted, me habia parecido que me convidaba usted á almorzar, y aunque estoy comprometido con otros amigos, creí que era justo dar á usted la preferencia.

—Doy á usted mil gracias; pero yo acostumbro almorzar tempranito, á lo artesano.

—¡Ah! ¿con que es usted un artesano?

—Un artesano que se ha creado una posicion cómoda en la sociedad, un nombre célebre y una fortuna envidiable. Digo envidiable, porque desde que la poseo he notado que tengo muchos enemigos. Yo no hago, ni aun deseo mal á nadie, hago todo el bien que me es posible, y cuantos mas beneficios prodigo, tantas mayores ingraticudes experimento. Todo ello debe ser obra de los envidiosos, y por esto calculo que mi fortuna es envidiable.

—Piensa usted con mucha discrecion.

—Con la que da la esperiencia. Ya vé usted, á mi edad...

—Vamos, que no es usted tan viejo.

—La edad de su papá de usted.

—¡Cincuenta y dos años!

—Cabalitos... los cumplí el mes pasado. ¡Cuántas veces hablábamos de nuestra igualdad de años en los almuerzos! ¡Y qué almuerzos! Era un caballero que lo entendia... Sabia disfrutar del mundo... Usted tendrá probablemente las mismas inclinaciones..... Es otra herencia que pasa de padres á hijos. Sin embargo, á usted no le luce tanto como á él..... Está usted delgadito y pálido..... ¿Quién diria que se nutre usted de alimentos sólidos y abundantes?

—¿De veras?—dijo el conde algo cansado de las impertinencias del recién conocido, y añadió para sí:—¿si se habrá puesto de acuerdo con el pintor para hacer mofa de mi pobreza?

—Los jóvenes del día, lo sacrifican ustedes todo al buen parecer. Ya se vé, como es moda ser delgados, y tener buena cintura como las mismas se-

ñoritas á quienes tratan de agradar, se abstienen de comer hasta el estremo de perder el color y quedarse en los huesos.

—Pues señor — pensó el conde — este hombre se está burlando de mí.

— ¡ Los elegantes tienen ustedes unas manías!... Apostaría cualquier cosa que aunque le presentáran á usted ahora un pedazo de pechuga de pava...

— ¡ Uf que asco! — dijo el conde, y añadió entre dientes: — ¡ quién la tuviera!

— ¡ Cómo le gustaba la pava á su papá de usted! Decía que era mucho mas tierna que el pavo.

— No hablemos de eso.

— ¿ Hay cosa mas rica?

— Sí, pero empalaga solo el oír hablar de eso.

— Se conoce que anda usted ahito, amigo mio.

— No por cierto. Aun no he almorzado.

— Pero habrá usted tomado su rico chocolate con bollos.

— ¿ Habrá mayor tormento? — dijo para sí el conde. — Es preciso separarse de este hombre — y en alta voz añadió: — Me entro á oír misa.

— Es temprano, todavía no han dado el toque. Además tengo que hablar á usted de otro asuntillo.

— ¿ De otro asunto?

— Sí señor... de cierta cuentecilla.

— ¡ Cómo cuentecilla!

— Nada... es una bicoca...

— Explíquese usted.

— He dicho antes que era artesano.

— Si señor.

— Y que me habia labrado una fortuna decente.

— En efecto, eso ha dicho usted.

— Soy constructor de coches... mi fábrica es de las mas acreditadas de Madrid.

— Me alegro mucho.

— Su papá de usted era mi mejor parroquiano, tambien creo haberlo dicho.

— ¿ Y qué?

— Le hice últimamente una carretela, que me pidió desde Sevilla...

—¿Y no se le ha pagado á usted aun?

—No, señor; pero yo no habia reclamado nunca su importe, ni el de otras friolerillas que verá usted en la cuenta, porque no lo necesitaba, y porque así como el señor conde habia depositado en mí toda su confianza, tambien yo queria mostrarle que la tenia completa en él.

—Mal hecho... Si hubiese usted reclamado antes su dinero...

—Ya se yo que se me hubiera remitido inmediatamente; pero yo siempre he dicho, en la caja del señor conde está mi dinero tanto ó mas seguro que en la mia propia, y cuando lo necesite bastará una leve indicacion para que se me haga remesa.

—¿Y á cuánto monta esa cuentecilla?

—No llega á cincuenta mil reales.

—En efecto, es una friolera.

—Ya vé usted.

—¿Y no necesita usted ahora esa pequeña cantidad?

—Yo le diré á usted, las circunstancias han variado. He tenido grandes pérdidas desde que se han introducido por algunos señores ministros y otros personajes una porcion de carruajes de París, pues he tenido que vender los míos mucho mas baratos. Además, acabo de hacer compras de materiales y he comprado tambien la fábrica que tenia alquilada. Todo esto me obliga á reunir algun dinero que tengo diseminado, y espero que el del señor conde de Campofrio será el primero que entre en mi caja. Quiero darle en esto la preferencia como se la he dado en todo.

—Mil gracias por el favor.

—Se lo merece usted, y no hago mas que rendirle justicia.

Y diciendo esto el fabricante de coches, presentó con franqueza su mano al conde de Campofrio, que maquinalmente la estrechó con la suya, diciendo:

—Es usted demasiado amable.

Y se mordía los labios de angustia, de hambre y de desesperacion.

—Mañana, si á usted le parece—continuó el fabricante—podremos arreglar este asunto. A medio dia me dejaré caer en su casa de usted, sin haber almorzado, se entiende, como en tiempos de su buen papá; y entre sabrosos manjares y sendos tragos, cancelaremos la cuenta para empezar otra, ¿no es verdad?

— Con mucho gusto accedería á los deseos de usted ; pero ha de saber que acabo de llegar de Andalucía, y por lo menos durará ocho dias consecutivos la plaga de amigos cumplimenteros que me asediara por todas partes y á todas horas, sin dejarme solo un momento en casa. Ya que usted ha esperado años enteros, creo no tendrá inconveniente en aguardar quince dias, y cuando haya pasado esa langosta de aduladores, nos quedaremos solos los buenos amigos.

— Que me place. Hasta en ese modo de decir las cosas se parece usted á su papá.

— ¡ La ramilletera ! ¿ Quién quiere ramilletes ? — gritó la florera presentándose de nuevo en la Plazuela de Santa Cruz.

— ¿ Pero cómo no habia yo visto á usted en los almuerzos ? — preguntó el fabricante al conde.

— Estaria entonces en el colegio — respondió el conde.

— Será eso ; pero sin embargo, las facciones de usted.

— Como usted dice que se parecen á las de mi padre.

— ¿ Quieren ustedes ramilletes, caballeros ?

— No, muchacha — contestó el fabricante.

— Tome usted, señorito — replicó Cármen. — Este es el más bonito de cuantos llevo.

Y entregó un ramillete al conde.

— Gracias, niña ; ahora no llevo suelto — dijo el conde de Campofrío.

— No importa, señorito, tómelo usted.

— Si me lo regalas.

— ¿ Por qué no ? Con mucho gusto, señorito.

— Gracias ; pero no quiero admitirlo.

— Vamos, quédese usted con él, que yo sé que le hace falta.

— ¿ Para qué ?

— Para regalarlo á su vez.

— Pero siendo un regalo tuyo.

— Yo le autorizo á usted para que pueda regalarlo á la señorita Adela.

— ¡ Adela !

— Que no tardará en llegar.

— ¿ Cómo sabes tú ? ...

— ¡ Ramilletes ! ¡ ramilletes ! — seguia gritando la florera.

— Gracias, gracias por el regalo, amable niña — repitió el conde poniéndose el ramillete en el ojal de la levita.

— Y ahora ¿qué me responderás, ingrata? — exclamó presentándose bruscamente Lucas á la ramillettera.

— ¿De qué?

— Te haces la desentendida... ¿De qué te daba las gracias ese monuelo?

— De que le he regalado un ramillete.

— ¿Y por qué se lo has regalado?

— Por que no llevaba suelto.

— Sí, eso suelen decir todos los silbantes, y es porque la mayor parte de ellos no tienen un cuarto.

— Pues yo sé que ese es muy rico.

— Haz gala de tu ingratitud... yo me he vengado con anticipacion.

— ¿De quién?

— De ese monuelo.

— ¿Qué has hecho?

— Le he sacudido la brocha. Tú sueles llamarme pintamonas, ¿no es verdad?

— ¿Y qué?

— En adelante puedes llamarme pintamonos.

— Explicate.

— En la levita de tu parroquianito está todo explicado.

— ¿Qué es aquello?

— ¿Qué ha de ser? Horribles destellos de mi venganza... destellos que no los sacará sino con el pedazo.

— Pues te has lucido por vida mia. ¿No sabes quién es ese señorito?

— Un pollo de los que abundan en Madrid.

— Es el novio de la señorita Adela.

— ¿De veras?

— Como lo oyes.

— Ahora sí que siento mi barbaridad; pero yo sabré remediarla.

— ¿Qué vas á hacer?

— A llevármelo á la taberna.

— ¿Estás loco?

— Quiero quitarle las manchas.

- ¿Y crees que querrá entrar en la taberna?
- Pues me le llevaré á la sacristía. Precisamente traigo aguarrás en un frasquito.
- ¿Y se quita con eso?
- Vaya si se quita; pero deja un poco de mal olor.
- Eso es malo.
- Solo huele los primeros momentos... en saliendo al aire, como si tal cosa.

Y dirigiéndose al conde de Campofrío, hablaron con mucha animacion. Por último el conde se despidió del fabricante y siguió precipitadamente á Lucas.

Comenzaba á darse en el toque de la última misa, cuando Lucas y el conde de Campofrío reaparecieron en la plaza de Santa Cruz, ambos acompañados muy alegres y satisfechos, el primero por haber ejercido primeramente el higiénico y balsámico oficio de polizmannés, y el segundo por verse libre de unos huesos que tan ostentablemente le hervían en su proverbial puchero.

— ¿Y no volverán á salir las manchas en cuanto se haya secado bien el pelo? — preguntó el conde.

— Nada de eso... no se ve así... nosotros los pintores — respondió Lucas — con cierto orgullo — nos manchamos todas las días, y algunas veces bastante nota las manchas cuando el agua se hace á borbotones por la regadera, como yo ahora, solamente volverá á salir si nos bañamos, y así como la bandera de los militares es más honrosa, cuando mayor son los resacaos que han hecho en ella las lanzas y bayonetas, y tienen variedad en la tinta púrpura, nosotros, lejos de avergonzarnos, podemos exclamar como cierto pintor de no sé qué comedia: «¡Qué orgullo me da!»

Y estas manchas que asustaban

Son para usted, caballero...

## CAPITULO VI.

## PEOR ES EL REMEDIO QUE EL MAL.

Comenzaba á dejarse oír el toque de la última misa, cuando Lucas y el conde de Campofrio reaparecieron en la plazuela de Santa Cruz, ambos al parecer muy alegres y satisfechos, el primero por haber ejercido primorosamente el higiénico y balsámico oficio de quitamanchas, y el segundo por verse libre de unos lunares que tan ostensiblemente desvirtuaban su proverbial pulcritud.

—¿Y no volverán á salir las manchas en cuanto se haya secado bien el paño?— preguntó el conde.

—Nada de eso..... ya vé usted, nosotros los pintores—respondió Lucas con cierto orgullo—nos manchamos todos los dias, y quitamos de esa manera las manchas, cuando el traje lo merece, porque por lo regular, como yo ahora, solemos llevar nuestra blusa de artista, y así como la bandera de los militares es mas honorífica, cuanto mayores son los rasguños que han hecho en ella las lanzadas y balazos, y tienen vanidad en llevarla pingajosa, nosotros, lejos de avergonzarnos, podemos esclamar como cierto pintor de no sé qué comedia: (1)

Y estas manchas que asquerosas  
Son para usted, caballero...

(1) LA NOBLEZA DEL ARTISTA, drama del autor de esta novela.



Este caballero no es usted, señorito, sino un personage de la comedia, que afeaba las manchas de un pintor. Como iba diciendo, este le respondió así:— Y en afectado tono declamatorio, continuó Lucas:

Y estas manchas que asquerosas

Son para usted, caballero,

Á las cruces y á las bandas

Que inventó el orgullo necio

Para llenar la medida

De su ambicion, las prefiero.

Son las manchas del Ticiano,

De Van-Dick, del Spagnoletto...

Las que ostentaba en su traje

Rafael, en el momento

En que feliz recibia

Inspiraciones del cielo

Para alcanzar con sus obras

Divinas, lauros eternos.

— ¡Bien! ¡ muy bien — exclamó el conde dando una palmada en el hombro de Lucas.

— ¿Verdad que sí?

— Pero has de hacerte cargo que si en la blusa de un pintor son honrosas semejantes pinceladas...

— Por supuesto — añadió Lucas interrumpiendo — son feos borrones en la levita de un caballero tan elegante y pulcro como usted.

— Gracias.

— Y por eso me he apresurado á enmendar mi falta.

— Y lo has hecho perfectamente.

— Era un deber de mi parte, y como dice don Juan Tenorio,

No hay plazo que no se cumpla

Ni deuda que no se pague.

¡Cómo me gusta *El Convidado de Piedra!*

— Es una comedia que han reproducido muchos varones eminentes. ¡Pero qué! ¿tambien eres inteligente en comedias?

— ¿Quién no lo es en el dia? Las de capa y espada me gustan mucho. ¿Y la *Marcela* de Breton?

— ¡Oh! es muy linda... pero...

— Yo representaba en ella el papel del hablador.

— ¡Oiga! Ya conocia yo que tenias chispa para eso de recitar.

— Lo mismo que para hacer y quitar manchas.

— Eres un estuche.

— Eso dice Carmencita. ¿Sabe usted quién es Carmencita?

— No la conozco.

— ¿Que no la conoce usted?

— No á fé.

— A que sí.

— A lo menos por el nombre.

— ¿Quién le ha dado á usted ese ramillete?

— ¡Hola! ya caigo... ¿con que la linda florera se llama Cármen?

— Como yo Lucas... y ambos á dos estamos en relacioncillas amorosas...

— ¡Ah tunante! Ya veo que para todo te das buenas trazas...

— Ya vé usted hasta para elegir novia.... porque.... la verdad, señorito, mis intenciones son rectas.

— Lo supongo.

— Y quiero casarme con Carmencita. ¡Si viera usted que bien representa el papel de *Marcela*!

— ¿Con que tambien ella desempeña su papel?

— Ya se vé que sí... y siempre el principal.... Si viera usted que bien lo hace... pero tanto ella como yo nos hemos separado de la compañía.

— ¿Cómo así?

— La verdad, no me gustaba que anduviese entre manos de unos y otros, y como sabe usted que en las comedias se abrazan y se besuquean... no, no, de veras ó de mentirillas, no quiero que nadie la acaricie mas que yo.

— ¿Eres celoso?

— Un poquillo; pero ¿quién no lo es? ¿Le gustaria á usted que otro abrazase á la señorita Adela?

— ¡Cómo! — exclamó con sorpresa el conde.

—Ya sé yo que es usted el novio de la señorita Adela.

—Eso me ha dicho también la joven á quien tú amas; pero estais en un error... no hay nada entre nosotros.... relaciones antiguas de amistad; pero nada mas por ahora.

—Por ahora... eso quiere decir que mas adelante...

—Están tocando á misa... ¡á Dios! —dijo riéndose el conde, y después de estrechar la mano del pintor, entró en la iglesia.

—¡Y me ha dado la mano! ¡Qué señorito tan bueno! ¡Recreemos la vista en la contemplacion de nuestra obra! —Y mirando la muestra que habia pintado, añadió:—No está mal; pero es susceptible aun de algunos toqucillos que le den realce. El cansancio me habia inducido á dar por terminado mi trabajo, pero bueno será que le dé una última mano. Se interesa en ello mi reputacion de artista.

Lucas se encaramó de nuevo en la escalera y empezó á retocar su obra.

—¿Otra vez en esas alturas? —dijo presentándosele su novia.

—Yo siempre por lo alto, como pintor de la alta escuela.

—¿Pero no habias terminado ya?

—Por terminado lo dejé; pero me ha remordido la conciencia, y quiero darle la última mano. No es justo que cuando pagan bien... Además, quiero que esta muestra haga honor a mis pinceles.

Mientras los dos amantes seguian en animada conversacion, dos señoras y un joven caballero dirigianse á la iglesia.

—Madre, creo que ya puedo marcharme —dijo el joven.

—¿No entras en la iglesia? —le preguntó la señora de mas edad.

—Voy antes por unos cigarros.

—¡Señoras, á escoger, á escoger! ¡Y qué ramilletes tan bonitos! —gritaba la florera.

—¿Quieres uno, Adela? —preguntó el joven á su hermanita.

—Gracias, Andrés—contestó Adela.

—Luego, en saliendo le tomarás—añadió la madre, que se llamaba doña Petra.

—¿Teme usted que vaya á arruinarme por eso? —repuso Andrés, y tomando un par de ramilletes, preguntó á la florera:—¿Cuánto valen estos dos?

—Lo que usted guste—respondió Carmen.

—Toma.

— ¡ Dos reales !... esto es demasiado... voy á devolverle á usted... —

— Guárdatelo todo.

— Mil gracias, señorito.

— ¡ Anda, malgastador !... — exclamó doña Petra sonriéndose.

— ¡ No faltaba mas ! — replicó irónicamente Andrés. — Un hombre de provecho como yo ! ¡ Todo un meritorio sin sueldo !...

Y sonriéndose entregó á su madre y á su hermana los respectivos ramilletes.

— Es el vivo retrato de su padre — exclamó doña Petra para sí enjugándose una lágrima.

En este momento oyóse la voz de Lucas, que allá en su elevada posición cantaba uno de los trozos mas bonitos de la parodia de *Lucrecia Borgia*, en estos términos :

En teniendo una niña bonita

Que de veras me diga te quiero,

En teniendo licor la copita,

Y en sonando en la bolsa dinero,

Vivo alegre, y contento yo estoy

Y pensar en mañana no quiero:

Lo que importa es pasarlo bien hoy!

¿ Quién se acuerda de lo venidero ?

— ¡ Bravísimo ! — exclamó Andrés.

— Buenos dias, señorito — dijo Lucas. — Buenos dias, señora doña Petra !... ¡ Buenos dias, señorita !

— Buenos dias — contestaron las dos señoras.

— ¿ Qué haces ahí ? — preguntó Andrés.

— ¿ No lo vé usted, señorito ? — repuso Lucas — estoy pintando al fresco... entregado al cultivo de las bellas artes... en elevadas regiones.

— Lucas — dijo Adela — mañana, si usted puede, tiene que ir á renovar el papel del corredor.

— Ya me lo ha dicho mi madre, señorita.

— ¡ Ea ! ¡ hasta luego ! — exclamó Andrés.

Y entró en un estanco.

Doña Petra y Adela se dirigen á la iglesia.

— Señorita, que no lo puedo ganar... —dijo el Rumboso llamando la atención de la interesante jóven.

— ¡Válgame Dios!... ya se me olvidaba... este pobre hombre... Tome usted, hermano.

Adela entregó una moneda al pordiosero.

— Dios se lo pague á usted, señorita — exclamó el Rumboso.

— Siento no poder hacer mas — repuso la caritativa criatura.

— Con que todos hiciesen otro tanto... — dijo el pobre — no estaria uno tan desesperado. El primer domingo que me ví en la necesidad de pedir limosna, usted, señorita, fué la primera que me socorrió.

— ¡Pobre hombre! — dijo doña Petra. — ¿Cómo se acuerda usted?...

— Hay cosas que nunca se olvidan. Desde entonces acá no se pasa día de misa sin que haga la buena señorita otro tanto.

— Como que es usted mi caja de ahorros — alegó Adela con encantadora sonrisa. — Todos los días festivos doy á usted lo que reuno en los demás.

— ¡Generosa criatura! — exclamó verdaderamente conmovido el Rumboso.

Y la madre de Adela recogió con el pañuelo una lágrima que brotaba de sus ojos.

— ¿Llora usted, madre? — preguntó la jóven.

— Es de gozo, hija mia.

— ¡Dichosos los padres que tienen una hija tan buena! — añadió el pordiosero.

— ¡Yo dichosa! — exclamó para sí con amargura doña Petra.

— No tengo padre... — dijo Adela con dolorosa espresion.

— Siento haber afligido á ustedes — prosiguió el pordiosero — y les pido perdon.

— Hasta el domingo, hermano — dijo Adela.

— Dios la guarde á usted, señorita — repuso el pobre — y la premie como por sus virtudes merece.

— Rece usted por su padre, hermanito — añadió doña Petra.

Y las dos entraron en la iglesia.

— ¡Yo rezar! — murmuró el Rumboso — deben ser malditas mis oraciones.

— El frio vuelve á apoderarse de mi persona — dijo Lucas bajando de la

escalera—y pudiera perjudicar mi interesante salud. Vamos á echar unos cuantos requiebros á Carmencita para entrar en calor. No tengo otro braserillo.—Y dirigiéndose á la florera, exclamó:—¿Cómo está la reina de mis pedazos?

—Vente ahora con piropos—dijo Cármen en tono de enojo—y mientras ha estado aquí la señorita Adela, no has hecho el menor caso de mí. ¡Qué ojazos la echabas!

—¡Anda allá, celosilla! miraba su vestido que es muy bonito, y decía: ¡quién pudiera comprar otro igual á mi Carmencita! ¡Qué bien estarías tú con vestido de seda!

—Mejor es el percal, que se lava cuando se ensucia.

Y Cármen se alejó pregonando sus ramilletes.

Lucas la siguió con intencion de desenojarla.

—Está visto, me quedo hoy sin quijadas—decía Andrés saliendo del estanco con un cigarro en la boca, que fumaba con dificultad.—¡Bendito sea Dios! A fuerza de escoger he logrado adquirir la peor tagarnina del estanco.

En este momento sale de la iglesia el conde de Campofrio y exclama para sí:

—Pues señor, peor es el remedio que el mal. Con las manchas me hubieran dejado oír misa con tranquilidad..... y gracias al pintor, yo creo que si no me salgo, me hubieran dado una grita en la misma iglesia... y tal vez me hubieran arrojado á palos. Por donde yo pasaba no se oía mas que una sola frase «¡uf que peste!» y todos llevaban su pañuelo á las narices. Al principio llegué á figurarme que estaban todos de acuerdo para insultar mi pobreza. Eso es que saben que no tengo un solo maravedí en el bolsillo, y se burlan de mí. Tienen razon, pensaba yo, tomándolo á broma, nada hay que huelga tan mal como un conde sin dinero. Pero en breve he conocido que no era mi pobreza la que apestaba, sino la maldita trementina..... ¡Qué veo! ¿No es aquel Andrés?

—¡Luis!—exclamó Andrés corriendo hácia el conde—¡tú en Madrid!

—Hace pocas horas que he llegado.

—¡Por vida del chápiro! Ya supongo que acabas de llegar, pues de otro modo nos hubieras hecho una visita; pero... ¡qué diablos! sale sin duda de esas tiendas un olor tan fuerte..... Retirémonos al otro lado..... ¡Jesus qué peste!... ¡Huyamos de aquí!

- Es inútil, amigo mio — repuso con gravedad el conde. —
- ¡ Cuánto me alegro de verte! — exclamó Andrés con júbilo. — Acércate, hombre, deja que te dé un abrazo. —
- Apártate — exclamó el conde alejándose de su amigo. —
- ¡ Que me aparte!
- Sí, aléjate de mí. —
- ¿ Qué lenguaje es ese, Luis? — dijo Andrés con sorpresa. —
- Es el lenguaje de los desesperados. —
- ¿ Te has vuelto loco? —
- Estoy en mi cabal juicio. —
- ¿ Pues cómo no te alegras de verme? ¿ Cómo no me permites abrazarte? —
- Temo contagiarte. —
- ¿ Tienes el cólera? —
- Peor. —
- ¿ La fiebre amarilla? —
- Peor... Una mancha... —
- ¡ Dios mio! ¿ Has cometido algun crimen? —
- Yo no; pero... —
- ¿ Quién ha osado manchar tu honra? —
- Mi honra... nadie; pero mi levita... —
- ¡ Acabáras de una vez! ¡ Siempre con tus bromas pesadas! —
- No, amigo mio, no me gusta á mí gastar chanzas pesadas; pero los demás no opinan como yo, y siempre soy víctima de ellas. Hoy mismo, sin ir mas lejos, un pintorcillo de muestras ha sacudido su pincel sobre mi levita... —
- ¿ Y te ha echado alguna mancha? —
- Mancha que estaba reservada para cuando yo pasase. —
- ¡ Válgate Dios! — exclamó riéndose Andrés. —
- Habia nacido para mí y yo para ella; pero el mismo pintor ha querido separarnos para siempre, y ha hecho nuestra desgracia. —
- No te comprendo. —
- El pintor se ha confesado culpable. —
- ¿ Y qué? —
- Y ha querido enmendar su falta, quitándome la mancha con aguarrás. —

— Ya lo comprendo todo.... ese es el mal olor que me incomoda....

— Y por esa razón no he permitido que te me acercases.

— ¿Y quieres privarme por eso de un abrazo?

Y arrojándose al cuello de su amigo, le estrechó afectuosamente.

— ¡Qué haces, infeliz! — dijo el conde.

— Abrazar á mi mejor amigo.

— A un amigo apestoso.

— Déjate de escrúpulos... ya no huele nada... fué aprension mía...

— No es aprension tuya... acabo de hacer un *fiasco* universal.

— ¿De veras? ¿Cómo así?

— Apenas me he visto libre de mis malditas manchas, porque no era una, sino tres ó cuatro, me he entrado en la iglesia para saludar á mis amigos. En hora menguada he tomado semejante resolución.

— ¿Pues qué ha sucedido?

— Que se me ha prodigado una ovacion.... esto es, una ovacion de mal género. « ¡Uf que peste! » esta era la exclamacion de los mas; y luego han seguido los chistes, las agudezas, las bromitas de los críticos de ambos sexos que tanto abundan en Madrid. Una señorita muy linda, ha sido la que me ha dirigido el primer requiebro. « Este pollo, ha dicho, no compra seguramente en casa de Fortis su agua de colonia. » Y todos los de su alrededor se han reido de mí, sin valerme el estar en tierra sagrada.

Una carcajada de Andrés interrumpió al conde, quien no pudo menos de exclamar:

— Así como tú, de esa misma manera se reian todos, y se apartaban de mí como de un leproso. Otros mil chistes se me han prodigado, hasta que una de esas que en otro tiempo se llamaban manolas, ha exclamado en voz bastante recia: « decid al monaguillo que traiga el incensario é inciense á ese lechuguino que huele á culero de criaturilla. » Aquí he temido que hubiese un alboroto en la iglesia, y me he salido corriendo.

— Has hecho muy bien — dijo Andrés cuando la risa le permitió tomar la palabra. — Vamos á dar un paseo por ahí, y verás como el aire acaba de evaporar el poco olor que ya queda.

— Dios lo quiera así — dijo el conde agarrándose del brazo de su amigo, y se dirigieron ambos hácia los soportales de la plaza Mayor.

## CAPITULO VII.

## EL ENCUENTRO.

— Ya supimos la muerte de tu padre — dijo Andrés al conde, siguiendo mientras se paseaban, la conversacion empezada en el anterior capítulo.

— Tu buena madre fué la primera á quien escribí tan triste noticia — repuso el conde.

— Dejemos á un lado dolorosos recuerdos. Ya erés conde... eres rico.... Y ¿qué te haces? ¿Qué piensas hacer ahora? Disfrutar de tus riquezas....

— ¡Mis riquezas!... No es oro todo lo que reluce.

— Todos los ricos teneis siempre ese antiguo refran en la boca. Hablais del mal estado de vuestras cosas, sin duda con el objeto de que no os pidan prestado.

— Ya sabes...

— No lo digo por tí, querido Luis; y eso que voy notando en tí cierta gravedad... cierto ademan protector.

— ¡Disparate! Yo siempre soy el mismo.

— Así lo creo.

— Y para probártelo, voy á ejercer contigo un acto de franca amistad.

— Vamos á ver.

- Me doy por convidado á comer hoy mismo en casa de tu madre.
- Mal día has escogido , querido Luis.
- ¿ Por qué ?
- Porque no quiero privarme de tu compañía.
- Mejor para mí.
- Es que estoy convidado á un opíparo almuerzo.
- ¿ Dónde ? ¿ No podría yo ir contigo ?
- Es un obsequio del gefe de mi oficina en albricias de haber sido condecorado con la gran cruz de Cárlos III.
- Si pudiese yo pasar por uno de sus subordinados...
- Nos conoce muy bien á todos.
- Dígolo , porque en tal caso hubiera tenido el gusto de estar á tu lado.
- Déjalo para mañana... mañana almorzaremos juntos.
- ¡ Para mañana ! — pensó el conde — y me siento ya desfallecer.
- Sí , mañana estamos de estero , y tengo el día por mio. Si quieres almorzaremos en tu casa.
- ¿ En mi casa ?
- O en la mía ; en este último caso harás penitencia.
- Tengo yo tan desmantelada mi casa.... Sin cocinero.... sin.... Valdrá mas que comamos en la tuya , y tendré el gusto de saludar á tu madre y á tu amable hermanita.
- Mucho se alegrarán de verte.
- Yo tambien deseo ponerme cuanto antes á sus órdenes , y por eso hubiera querido comer hoy en tu casa.
- ¿ Quién te lo impide ?
- Como quieres dilatarlo hasta mañana.....
- Hoy puedes reemplazarme en la mesa , y mañana acompañarme.
- Eso es , dos dias consecutivos...
- ¡ Y qué ! ¿ dónde está la franqueza de la amistad ?
- Pero...
- ¿ Aceptas ?
- ¿ Quién se niega á invitaciones de esa especie ?
- Y mi madre tendrá un gozo estremado al ver en su mesa al mas antiguo de mis compañeros de colegio.
- ¿ Y cómo está tu buena madre ?

- Sin novedad.
- ¿Y tu amable hermanita?
- Perfectamente.
- También me llamaba hermano cuando los dos éramos niños.
- Ya ves si tienes motivos para usar de franqueza con nosotros.
- ¡Qué tiempos aquellos!
- ¡Tú los echas de menos!
- ¿Por qué no? ¡Eran tan felices!
- Te encuentro muy dado á la filosofía desde la muerte de tu padre.
- Tal vez...
- Ya se vé..... conde, rico, y sin tener nada que hacer, te has dado al vicio de la filosofía... sin duda para ocuparte en algo.
- ¿Y tú, tienes mucho que hacer ahora?
- Mas del que corresponde á mi sueldo.
- ¿Has ascendido mucho?
- Continúo como me dejaste.
- ¿De meritorio?
- Y sin sueldo.
- ¡Cáspita! ¡pues es bonita carrera la tuya!
- ¿Qué quieres? Si fuese conde como tú, no tendria necesidad de un empleo para comer. ¿Sabes que hace frio, chico?
- No soy de ese parecer— y para sí añadió: —estoy tiritando.
- Si te hubieras puesto gaban, no te hubieran manchado la levita.
- No me gustan los gabanes— y añadió entre dientes: —¡quién tuviera uno! Pero ¿por qué me hablas otra vez de la mancha? ¿Huele todavía?
- Bastante.
- ¡Bastante!
- Quiero decir... así, así...
- ¡Quieres decir que aun apesto! Pues mira, ya no voy á comer en tu casa.
- Harás muy mal.
- No me gusta apestar á nadie.
- Si tanta es tu aprension, tiempo tienes para ir á mudarte la levita.
- ¡Ah!... no habia caido en eso.
- ¿Con que irás?

— No.

— ¿Pero por qué?

— Porque ya estoy todo yo empapado en ese maldito hedor...

— ¡Vaya que tienes ridiculeces de niño! ¿Ves cómo has hecho mal en no ponerte gaban?

— Repito que no me gustan... embarazan los movimientos... y están aun mas ridiculos en dias en que, como hoy, no hace frio.

— Pues yo le tengo de veras.

— No he visto gente mas friolera que los madrileños.

— Los ricos todo lo teneis de sobra, hasta el calor.

— Sí, si...

— Por eso te ries de los pobres.

— ¡Los pobres! ¡ los pobres!

— ¿Qué vas á decir?

— ¿Sabes tú dónde se encuentran los pobres?

— Se encuentran...

— Yo te lo diré. Mas pobres se encuentran en Madrid bajo el perfumado trage del elegante, que bajo los harapos del jornalero.

— Sin embargo...

— No hay que tomarlo á broma, mas miseria encubren el frac y la levita, que la blusa y la chaqueta.

— Podrá ser; pero...

— No lo dudes, amigo mio. Tú no conoces esas indigencias épicas que pasean las calles de las ciudades populosas, disfrazadas con los atavíos de la riqueza, que calzan guante blanco y bota de charol.

— Me hace reir la seriedad con que lo dices.

— Pues no es cosa de reirse, amigo mio; el pobre de Madrid, es el empleado que cuenta con un sueldo escaso para su mucha familia, y tiene que robar al apetito de sus hijos el gaban con que sale á la calle, el sombrero con que saluda á sus superiores, ó el napoleon que dá de aguinaldo al portero de su oficina! Es pobre de Madrid el artista de entusiasmo y de genio que para no morir de hambre en su desmantelada buhardilla, empeña su paleta y sus pinceles! Es pobre el orgulloso hidalgo cuyo abolengo data del tiempo de las Cruzadas, y se abotona el leviton hasta el cuello para que nadie sepa que ni siquiera lleva camisa! Son pobres el letrado sin pleitos y sin

fortuna, el médico sin enfermos, el actor sin ajuste, el autor cuyas obras no caen en gracia á los empresarios ó á los cómicos, el periodista que no ha sabido darse importancia, el editor cuyos prospectos no han logrado embaucar á la multitud, el comerciante sin compradores y el hacendado lleno de pleitos. ¡ Miserias escondidas y por lo tanto ignoradas! ¡ Corazones doloridos que encontramos continuamente á nuestro paso, y tropezamos con ellos sin que nos conmuevan! Desvalidos á quienes damos la mano, sin sospechar siquiera que tan desgraciados sean, y aun á veces envidiamos la felicidad que aparentan! Y cuando alguno mira al artista, al abogado, al oficinista, al noble, al hacendado en cuestion, cubiertas decentemente sus carnes y ostentando sus limpios vestidos á la luz del sol en medio de la via pública, cogen la última moneda de cobre de su bolsillo, y á guisa de prospecto para los observadores, déjanla caer con aire de indiferencia en el sombrero del mendigo, á quien tal vez sobra el oro. ¡ Así disfrazan su miseria! ¡ Así engañan al estómago con el enorme cigarro que ostentan, debido á la generosidad de un amigo! ¡ Y hablan en voz alta y rien á carcajadas, mientras les rechinan los dientes por lo bajo de hambre y de dolor! Estos son los pobres de frac, los ilustres mendigos épicos, los verdaderos pobres de Madrid.

— ¡ Con que fuego hablas! — exclamó riéndose Andrés. — Cualquiera juraría al oírte que has pasado por todo eso.

— ¡ Yo!... Soy algo observador y nada mas.

— ¡ Ea!.... hasta mañana. No olvides que hemos de almorzar juntos.... Hablaremos... nos reiremos como en otros tiempos... ¡ A Dios Luis!

Y Andrés se marchó precipitadamente.

— Se va á almorzar... y yo... para mi estómago no hay presente... ¡ Tengo un hambre!.... no hay mejor ajenjo que la tripa vacía. ¡ Estómago!... ¡ tirano... verdugo... señor del mundo!.... ¡ Consejero del crimen!.... ¡ Tentador de la virtud!.... te has apoderado de mí.... tú me esclavizas.... tú me oprimes... Dicen que la cabeza es todo.... ¡ qué absurdo! ¡ qué mentira! Tú, estómago, vales mas que ella. ¡ Cuántos crímenes se han cometido.... cuántos amores han resultado estériles.... cuántas obras maestras han fracasado por falta de una simple cazuela de callos ó de una chuleta asada! ¡ Oh! mis ilustres antecesores! ¡ Manes de los Campofrío, vosotros teneis la culpa de mis ayunos! Señor conde, mi *caro* progenitor, mucha prisa dióse vucencia en gastar.... Paréceme que no hubiera estado de mas dejarme algo que roer

toda vez que me proveísteis de dientes y muelas, que como las armaduras de mis nobilísimos bisabuelos se enmohecen de ociosidad... Estoy arruinado, enteramente arruinado, abrumado de deudas, asediado de acreedores, con un diluvio de letras de cambio que me agobia... Voy en busca de mi procurador... Es preciso hacer cualquier sacrificio para que me dejen vivir en paz, y sobre todo para socorrer las necesidades corporales. Vergüenza sería que todo un conde se muriese de hambre... ¡Son tan testarudos los acreedores... es una especie de fieras que ni Bufon ni los demás naturalistas han osado describir... tal vez por miedo á su venganza! ¿Me concederán un plazo? No lo espero, y sin embargo hay que proponérselo. ¡Dios me tenga de su mano!

Y observando que empezaba á salir la gente de misa, dijo para sí:

— Apartémonos, no sea que conozcan al del mal olor y me den una grita. ¡Vaya una situacion aristocrática la mía! Sin un cuarto en el bolsillo, con hambre canina, y apestando á demonios que no hay mas que pedir. ¡Dios mio! ahora salen de la iglesia la hermosa Adela y su mamá. ¡Cuántos deseos tengo de aproximarme á ellas! ¡Oh! sería una imprudencia... Las mujeres son tan susceptibles... si llegase Adela á percibir el hedor de mi levita sería capaz de aborrecerme para siempre. Las niñas sensibles suelen ser muy nerviosas, y nada ataca tan directamente á los nervios como los olores demasiado fuertes. ¡Qué linda es!

Mientras el conde estaba haciendo las precedentes reflexiones, decia doña Petra á su hija:

— Vámonos, hija mia, antes que salga el tropel de la gente.

— ¿Y Andrés?

— Se habrá ido.

— Ya debe haberse acabado la misa — decia un caballero de avanzada edad á un lacayo que le acompañaba. — Anda, entra en la iglesia y mira si sale tu señorita.

— Está bien, señor — dijo el lacayo, y entró en la iglesia.

— Yo conozco esa voz — dijo con asombro el pordiosero de quien hemos hablado varias veces. Y mirando con atencion al caballero, añadió para sí: — Tiene su misma estatura... ¡Será posible!... Si yo lograra verle la cara...

— ¿Es usted, señora de Ibarrola? — preguntó sonriéndose el caballero á doña Petra.

— ¡Señora de Ibarrola! — añadió para sí el pordiosero con creciente asom-

bro.—¿Seria la viuda?... Escuchemos.

—¡Ah! buenos días, caballero—dijo doña Petra, y llena de turbacion dejó caer su devocionario, que el pordiosero recogió con disimulo sin que nadie lo advirtiese.

—Señora, mañana es fin de mes—dijo con gravedad el caballero.

—No se me olvida.

—Bueno es eso.

—Descuide usted.

—Estas cosas no deben descuidarse. En materia de intereses.

—Todo quedará arreglado.

—Cuento con ello. A los piés de usted, señora.

—Beso á usted la mano, caballero.

Y este último entró en la iglesia.

—¡Ah! ¡Mendiluetta!..... ¡Mendiluetta! —esclamó para si el Rumboso con marcada alegría—te encontré por fin.

Creemos inútil advertir á nuestros lectores que el pordiosero á quien hasta ahora hemos conocido por el apodo del Rumboso, era nada menos que el tunante don Trifon, dependiente y cómplice del banquero de Barcelona.

—Mamá ¿qué le decía á usted nuestro casero? —preguntó la inocente Adela á su buena madre.

Doña Petra háciase la distraida.

—Mamá, mamá—repitió Adela tirando á su madre del vestido.

—¿Qué quieres?

—¿Qué decía nuestro casero?

—¿A mi? —dijo turbada la honrada mujer.

—A usted.

—No me acuerdo.

—Parecia que estaba enfadado.

—No por cierto.

—Pues ¿qué le ha dicho á usted?

—Nada, hija mia.

—¡Nada!

—Eres muy curiosilla, Adela.

—Y usted muy reservada.

—Me ha saludado.

—Precisamente es un caballero que no saluda á nadie.

—¿Tan grosero te parece?

—Y lo es en efecto... ni siquiera me ha dirigido una mirada, de lo cual me alegro. Me es tan antipático. Y á usted tambien ¿no es verdad, mamá?

—¿Por qué? ¡Pobre señor!

—Sí, pobre señor.... y hablaba á usted con un aire de superioridad.... Vamos, cuénteme usted ¿qué le decia?

—Te repito que no me ha dicho nada de particular.

—No insistiré; pero....

—¿Qué vas á decir?

—Conozco que me engaña usted.

—¿De qué sacas esa consecuencia?

—De que la veo tan conmovida...

—¡Yo!

—Ya se vé que sí... está usted tan agitada...

—¡Qué empeño!

Y la buena madre se esforzaba por sonreír.

—Veo lágrimas en sus ojos de usted...—dijo Adela.

—No seas loca.... ya sabes que el aire frio suele hacerme sensacion en ellos.

Doña Petra se pasó el pañuelo por los ojos, y procuraba en vano aparentar serenidad.

—Déjate de tonterías, y vamos á casa, que tu hermano ya se habrá ido á la de su gefe.

—Como usted guste, mamá.

Madre é hija se alejaron.

Don Luis las contempló con el lente hasta que las perdió de vista, y luego se aproximó furioso á la iglesia exclamando para sí:

—Mis acreedores tienen la culpa de todas mis adversidades. Por ellos no puedo ir á comer con esa linda muchacha; porque si no me han manchado la levita, me han dejado sin mas ropa que la que llevo encima.... La doctrina cristiana manda vestir al desnudo; pero no prohíbe desnudar al vestido, ni desollar á los condes, y por lo mismo se ceban en mí. ¡Y cómo se multiplican los indinos!..... ¡Cada dia se me presenta uno nuevo! Son diablos que salen por escotillon... ¿Qué diremos del de hoy? ¡Unas trazas tiene de em-

bustero el tio gordinflon!... Es preciso irse con tiento... no porque me diga uno: «su papá de usted me debía tanto» hay que dar crédito á semejante dicho. El fabricante de coches se me antoja un trapalon de primer orden. ¡Qué amigo de darse importancia! ¡Qué descaro en mentir! ¡Querer hacerme creer que almorzaba mano á mano con mi papá!... ¡qué disparate!... con mi señor papá... con el excelentísimo señor conde de Campofrio de antaño, algo mas grave y altanero que su excelencia el conde de ogaño, á quien el hambre y el aguarrás han quitado muchos quilates de su orgullo aristocrático. ¡Sienta tan mal la vanidad en una persona hambrienta! No creo que mi ilustre progenitor haya convidado nunca á ningun plebeyo por bien que haya construido los tilburies y los ómnibus; pero yo, gran señor sin dinero, me hallo en una situacion escepcional, y me daría por muy feliz en pasar ahora por la afrenta de tener que sentarme á la mesa de pinó del mas humilde carretero, á quien se le antojase pasarme esquila de convite. El hambre es como la república, iguala todas las categorías. Hé aqui el horrible estado, la desgarradora situacion á que me han traído esos insolentes que tienen el atrevimiento de pedir lo que es suyo. ¡Acreedores implacables! ¡raza de buitres sin plumas!... No, no sois vosotros los desplumados, sino yo... yo; pero por culpa vuestra... ¡Caigan sobre vosotros cuantas maldiciones os hayan fulminado todos los que antes que yo han contraído deudas en el mundo! Pero esto es poco... ¡Caigan tambien sobre vosotros todas las manchas que á mí me correspondan en lo sucesivo, y todo el espíritu de trementina que exista en los despachos y almacenes de los drogueros y farmacéuticos de todo el mundo!

— ¡Oh! ¡señor de Campofrio! — exclamó una señorita que acababa de salir de Santa Cruz, acompañada de Mendilueta y seguida de una aya y de un lacayo que llevaba un almohadon debajo del brazo.

— ¡Eloisa! ¿usted aquí? — tartamudeó el conde viéndose sorprendido por la hija del rico banquero, y sacando un mondadientes del bolsillo del chaleco se le puso en la boca.

— Ya estás en mi poder, amigo Mendilueta — exclamó con júbilo el pordiosero Trifon, sin que nadie pudiese oírle.

— ¿Y el baron? — preguntó Mendilueta á su hija.

— No le he visto — respondió la elegante Eloisa.

— Alguna ocupacion...

—No trate usted de disculparle.

—Pero hazte cargo de que tal vez...

—Lo cierto es que no ha venido.

—Quién sabe si en medio de tanta gente...

—Digo que no ha venido... y basta.

—No te enojés, hija mía.

—Es que cuando usted se empeña en una cosa...

—Pero si yo no tengo empeño ninguno.

—No me moleste usted más.

—Callaré, hija mía.

—Así no dirá usted desatinos. Repito á usted que el baron no ha venido

á mi cita... y que es un desatento.

—Señorita —dijo el conde dirigiéndose á Eloisa—usted linda como

siempre, y la mas elegante de Madrid.

—Aprecio ese requiebro —contestó Eloisa mirando lánguidamente al

conde—que tiene mucho valor en los labios del polkista mas intrépido de

nuestros salones.

Y la elegante jóven llevó su pañuelo á la boca, al terminar la frase, como

para librarse de alguna incomodidad.

—¿La molesta á usted algo?—preguntó el conde.

—Sí señor.

—Tal vez alguna muela!

—¡Oh, no! mi boca está muy sana y fresca; pero he tenido que llevar á

la nariz mi pañuelo, salpicado de esencia de jazmin, porque siento un olor

tan extraño...

—En efectó...—repuso el conde—hace tiempo que me está mortificando

ese olor.

—¡Cuánto tiempo hace que no se le vé á usted! ¿Ha renunciado usted

á la sociedad?

—Estoy de luto.

—¡De luto! ¿quién se le ha muerto á usted?

—Mi señor padre el conde de Campofrio.

—¡Es conde! —pensó la ambiciosa jóven y paseó una mirada por la bue-

na figura de don Luis.

—Permítame usted separarme, señorita —dijo el conde.—Una preci-

sion...—y por lo bajo añadió:—Pues señor, sigo apestando.

—Alguna cita amorosa—repuso Eloisa.

—Mi corazón está libre.

—¿De veras?

—¿Me cree usted capaz de mentir?

—Le tengo á usted en el mejor concepto... ¡Jesus qué peste!

—Mil gracias, señorita...

Y haciendo una inclinación á guisa de saludo al padre y á la hija, se retiró murmurando entre dientes:

—Vamos á ocultar en un rincón de mi palacio, el hambre y la pestilencia que me prohíben estar entre racionales. Dejaré la levita al aire libre, y veremos si mañana soy más afortunado. Me estaré bostezando en mi lazareto, y hasta que la hora del almuerzo me saque de tan penosa cuarentena, no hay puerto de salvación para mi pobre estómago.

—Caballero, una limosnita por Dios—dijo Trifon dirigiéndose á Mendilueta, que se hallaba algo vuelto de espaldas al pordiosero.

—Quita allá, holgazán—alegó el banquero.—Trabaja, tunante.

—Que adelanten la carretela hasta la esquina—dijo Eloisa al lacayo.

—¿No hay una limosna para mí, señor de Mendilueta?—preguntó Trifon de una manera significativa.

—¡Trifon aquí!—esclamó estupefacto el banquero.

Trifon repitió con voz lastimera:

—Noble señor, una limosnita que Dios se lo pagará á usted.

El banquero deja caer un napoleon en el sombrero del mendigo, y sube á la carretela, donde estaban ya su hija y el aya.

Mientras se aleja la carretela, esclama Trifon:

—Si aquella señora es en efecto la viuda de Ibarrola, el mendigo de Santa Cruz sabrá poner frente á frente la víctima y el verdugo. El devocionario que he recogido será mi carta de introducción. ¿Habrá olvidado ese tunante el nombre del marino? Verdad es que no le pronunció hasta que estendí yo el recibo que está en mi poder. Entonces estaba Mendilueta distraído contando los billetes, y no es extraño que ignore cómo se llamaba el que se los entregó. ¡Dios quiera que este dichoso encuentro me abra el sendero de la

Y haciendo una inclinación al padre y á la hija, se re-

## CAPITULO VIII.

### TRIBUTO DE GRATITUD.

No habia olvidado Lucas el encargo de la señorita Adela, y el dia siguiente se presentó en casa de doña Petra provisto de lo necesario para empapelar el consabido corredor.

Mientras estaba entretenido en esta ocupacion, habia recitado ya, como tenia de costumbre, varios trozos de *la Moza de cántaro*, del *Desden con el desden* y de otras comedias de capa y espada.

En el momento que le presentamos á la vista de nuestros lectores, está cantando la *romanza* de baritono de *Beatrice di Tenda*, obra del inmortal Bellini, y decia con mucha espresion:

Come t' adoro e quanto  
Solo il mio cor può dirti,  
Gioja mi sei nel pianto,  
Pace nel mio furor.

Y después de toser como para dar limpieza á su canto, exclamó:

—No se puede negar que tengo una bella voz de baritono... y eso que hoy está bastante acatarrada por haber pintado todo el dia de ayer al aire libre.

Y continuó de este modo:

Se della terra il trono

Dato mi fosse offrirti...

—¿Eres tú, Lucas?— preguntó entrando el jóven Andrés.

—Yo soy, señorito.

—¿No has acabado aun?

—Poco falta.

Y prosiguió cantando:

Ah! non varrebbe il dono,

Cara, del tuo bel cor.

—¿Sabes que no me disgusta oírle cantar?— dijo á su hermana la señorita Adela que estaba bordando no lejos de allí.

—Mil gracias, señorita— dijo Lucas.

—Ya se vé que lo hace bien— añadió Andrés.

—No se burlen ustedes— repuso Lucas.

—¿Y dónde has aprendido tú eso?— preguntó Andrés.

—En el teatro Real... allá en sus buenos tiempos... ¡Qué bien cantaba esta romanza Barroyllet!... ¡Con cuánto gusto decia lo siguiente!

Quel lusinghiero incanto

Che nel tuo volto ammiro,

Di tua beltá de evanto

Lenisce il mio dolor.

—¡Bravísimo!— exclamó Andrés.— Con esa habilidad haces muy mal en no ajustarte.

—He estado ya ajustado.

—¡Hola!

—Sí señor, de comparsa, y entonces aprendi... así de oídas... á cantar algunos trozos...

—¿Y por qué lo has dejado?

— Hay muchas intrigas entre bastidores. Sin embargo, me ha quedado la afición... Tengo muy buenas relaciones en todos los teatros de Madrid.

— ¡ Calle! ¿ y quién ha traído este periódico? Adela ¿ por qué has mandado comprar este periódico?

— Yo no he mandado comprarle — respondió Adela.

— Le he traído yo, señorito — dijo Lucas. — Es el diario de mi maestro... cuando le ha leído él, me le llevo yo para leerle á ratos perdidos. Este modo de suscribirse á los diarios no arruina á nadie.

Andrés, hojeando el diario, exclamó:

— El miércoles se cantó el Hernani en el teatro Real.

— Y bastante bien — dijo Lucas.

— ¿ Estuviste? — le preguntó Andrés.

— Sí señor.

— Ayer hubo gran funcion en el Circo.

— Funcion de beneficio.

— ¿ También estuviste?

— Sí señor.

— Mañana hará su primera salida una actriz en el teatro del Príncipe.

— No faltaré yo.

— ¡ Qué demonio! tú frecuentas todos los teatros.

— Cuando la funcion es buena... ¿ No es usted aficionado á los teatros?

— Me gustan mucho las óperas... y tambien las buenas comedias; pero si he de hablarte con franqueza, mi posicion humilde, aunque honrosa, no me permite disfrutar de tan costosas diversiones... y no sé cómo te ingenias para poder ir á todos los teatros con tanta frecuencia.

— Se lo explicaré á usted... Yo soy alabardero.

— ¿ Del real palacio?

— Quiá, no señor... Soy alabardero sin alabarda..... porque ha de saber usted que hay en todos los teatros una gran compañía de alabarderos.

— ¿ Para estar de centinela?

— No señor... para dirigir la opinion pública.

— ¡ Qué me dices!

— Lo que usted oye.

— ¿ Y qué compañía es esa?

— Es una compañía que viene á estar bajo la proteccion de todas las em-

presas. Su objeto es generalmente aplaudirlo todo, particularmente las obras malas, y desgañitarse llamando el autor á la escena.

—¿Pero hablas con formalidad?

—¡Si tuviera yo un duro por cada reputacion que he contribuido á levantar hasta las nubes!...

—Eso es entenderlo.

—Lo he aprendido entre bastidores... cuando era comparsa. Ahora tengo entrada libre en todos los teatros como si fuera un ingenio, y me divierto sin gastar un maravedí.

—Las gentes del pueblo lo pasais mejor que la clase media.

—No crea usted que son del pueblo todos los de la compañía de alabar-deros. ¡Si viera usted cuántos señoritos de los mas elegantes hay en ella!

—¡Válgame Dios! ¡y sois los jueces de los literatos y de los actores!

—Ya vé usted si está el pandero en buenas manos, como suele decirse. Si conviene hundir para siempre al mas encofetado escritor... allá vá una furibunda silba que lo deja tamañito; y si se nos antoja que un pobre zascandil ande en zancos, le aplaudimos con frenesí, le llamamos á la escena, le arro-jamos un diluvio de flores, versos y coronas, y le tiene usted convertido en uno de NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

—¡Cuánta farsa! —esclamó Andrés para sí, escandalizado de lo que Lucas acababa de referirle, y aproximándose á su hermana Adela, le dijo: —¿Sabes que bordas muy bien, Adelita?

—¡Y hasta ahora no lo has reparado! —contestó sonriéndose la amable jóven. —Así son todos los hermanos.

—Buenos dias, hijos míos — dijo presentándose doña Petra.

—¿Ya viene usted de paseo? —preguntó Andrés asiendo la mano de su madre y besándola afectuosamente.

Adela corrió á abrazarla, diciendo:

—¿Viene usted del Retiro?

—Hace demasiado frio ya — respondió doña Petra.

—Pero el sol calienta mucho —añadió Adela. —¿Se ha divertido usted?

—He andado mucho... ya sabeis que el ejercicio me prueba.

Y doña Petra no pudo contener un suspiro.

—Será muy bueno el ejercicio para la salud; pero usted viene triste — dijo Andrés.

—En efecto,—añadió Adela—acaba usted de suspirar...

—De cansancio, hija mia—repuso la madre esforzándose en vano por aparentar buen humor.

—Siéntese usted—dijo Andrés presentando una silla á su madre.

Sentóse doña Petra, y viendo al pintor, exclamó:

—¡Hola! ¿está aun aquí Lucas?

—Pronto acabo, señora—contestó el aludido.—Yo no sé en qué consiste; pero cuando vengo á trabajar á esta casa, no me saldria nunca de ella!

—Será porque tienes aquí á tu madre—dijo doña Petra.

—Y porque son ustedes tan buenos...—añadió Lucas.

—Gracias por el favor—esclamó doña Petra.—¿Y tu madre no ha venido?

Mientras esto decia doña Petra, entraba la señora Juana en el salon, y ella misma respondió.

—Aquí está la madre de ese perillan.

—¡Buenos dias, señora Juana!—dijeron Adela y Andrés.

—¡Buenos dias, señoritos!—respondió la recién llegada.

Doña Petra la salió al encuentro, y en voz baja le preguntó:

—¿Qué hay?

—Tome usted.

—Y disimuladamente le entregó una carta.

Andrés estaba distraido leyendo el diario, Adela queria concluir su labor, y Lucas ocupado en pegar papeles, ninguno de los tres reparaba en el animado y secreto diálogo de doña Petra y la señora Juana.

Doña Petra leyó con avidez la carta que acababa de recibir, y exclamó en acento dolorido:

—¡Otro nuevo desaire! ¡Todo sea por el amor de Dios!

—Además—le dijo por lo bajo la señora Juana—iban á dejar este papel en la portería, y me he apoderado de él antes de que se enterase la portera.

—Muy bien hecho—repuso doña Petra, y después de leerlo, añadió:—es un nuevo contratiempo.

—¡Válgame Dios!

—Me citan á juicio.

—¿Qué papel es ese que tiene usted en la mano, mamá?—preguntó Adela.

—Nada, hija mía, un papel cualquiera... un anuncio del Aguila...— y para sí exclamó: — ¡ siempre mintiendo !

La amargura de las dos señoras mayores contrastaba con la jovialidad de los tres jóvenes, pues mientras Andrés lisonjeaba á su hermanita con las alabanzas que prodigaba á su bordado, Lucas estaba tarareando la siguiente copla de la zarzuela *Los diamantes de la corona*:

Niñas que á vender flores

Vais á Granada,

No paseis por la fuente

De la Alpujarra,

Que hay un bandido

Que con las niñas tiene

Mucho partido.

—Señora Juana— dijo en alta voz doña Petra para disimular su turbación— hace tres dias que no le tomo á usted la cuenta. Ya debe usted haber gastado todo el dinero que le dí.

—Aun tengo algo que devolver á usted, señorita— respondió la honrada sirvienta.

— ¡ Es admirable ! ¡ Y dicen que los comestibles se han puesto caros !

— Precisamente estoy leyendo un artículo de subsistencias— exclamó Andrés— y habla en efecto de lo horrorosa que es la carestía.

Doña Petra quedóse meditando, diciendo para sí:

— Es imposible que le dure el dinero con un napoleon que le dí hace tres dias...— y en alta voz añadió: — La verdad, señora Juana, ¿ cuánto le deho á usted ?

— Repito que yo soy la deudora.

— ¿ Cómo hace usted semejantes milagros ?

— ¡ Milagros !

— Ya se vé que sí... abastecerse de lo necesario con tan poco dinero, en tiempos tan malos...

— Todo consiste en saber comprar, señorita.

— Y en saber regatear— añadió Lucas.

— Eso es lo principal— repuso su madre.

— Si la hubieran ustedes visto ayer — prosiguió Lucas — por poco se arañía con la carnicera.

— ¿Acabaste, Lucas? — preguntó Andrés.

— Ya falta muy poco... ¿Quiere usted que después retoque el marco del retrato de su papá de usted?

— Sí, pero es preciso que antes le pases el plumero..... ¡Tiene tanto polvo!...

— Le dejaré como nuevecito.

— Cuando te vayas llégate á mi cuarto por el periódico.

Y Andrés desapareció.

— Bien está, señorito — le gritó Lucas.

— Acabé mi bordado — dijo Adela. — ¿Quiere usted verle, mamá?

— ¡ Con mucho gusto, hija mia! — y examinándole con detención, exclamó: — está muy bien... ¿ no es verdad que está muy bien, señora Juana?

— Primoroso — contestó la sirvienta.

— ¿Qué han de decir ustedes? — objetó Adela.

— La verdad, hija mia — repuso su madre.

— Voy á guardarlo en el costurero.

Y la tierna jóven desapareció saltando de gozo.

— Vamos, señora Juana — dijo doña Petra — espíqueme usted ese misterio.

— ¿Qué misterio? — preguntó la señora Juana sonriéndose.

— El de la cuenta.

— ¿Qué mas esplicacion que la misma cuenta? Aquí la tiene usted.

Y entregó un papel á su señora.

Doña Petra al empezar á repasar la cuenta, exclamó:

— ¿Cómo es posible? ¡Catorce cuartos una libra de carne!

— ¿Y qué?

— Se me figura demasiado barata.

— Pues no me ha costado más.

— Se equivoca usted, madre — exclamó Lucas.

— ¿Qué sabes tú? — dijo enojada la señora Juana.

— Ya se vé que lo sé... como que estaba presente cuando...

— Cuidate de tu trabajo.

— Dígo que se equivoca usted.

—¿Qué he de equivocarme majadero?

—Le llevó á usted dieciocho.

—¿Es eso verdad?— preguntó doña Petra conmovida.

—No le haga usted caso; no sabe lo que se dice— respondió la señora Juana.

—¡Tóma!— exclamó Lucas— ¡si es que usted no se acuerda!

—¿Quieres callar?

—No señora, porque yo estaba delante cuando usted la compró... ¡Vaya! ¡vaya! si todas las que van á la compra sisáran de ese modo á sus amos, pocos ahorros harían.—Y riéndose añadió:—¡Pagar dieciocho y no poner en la cuenta mas que catorce! No se parecen las cuentas de usted á las del Gran Capitan, madre. Voy á ver si el señorito ha leído ya el periódico.

Y Lucas desapareció entonando la célebre cancion del Tripili, que dice:

Quando Amor á las niñas

Hablarlas quiere,

De este modo les dice

Muy dulcemente:

Quién quiere arroz con sárdinas,

De las que se asan en párrillas,

Peluquin, peluquin de Anton.

—Estos jóvenes siempre están alegres— dijo doña Petra.

—Vale mas así, señorita— repuso la señora Juana.—¿No le gusta á usted ver contentos á sus hijos?

—¡Oh! sí, sí... quisiera que no tuvieran un solo pesar; pero temo que mis esfuerzos serán pronto infructuosos.

—¿Por qué razon?

—Porque ya me es muy difícil ocultarles el triste estado de nuestros negocios domésticos. Se vá ya descubriendo nuestra pobreza, á pesar de los esfuerzos que hago por ocultarla.

—¿Pero quién ha descubierto que están ustedes en tal estado?

—Usted la primera, señora Juana.

—¡Yo!

—Usted... y solo esto explica lo de la cuenta. ¡Dios mio!... Yo le doy á usted gracias... pero...

Doña Petra no pudo continuar; el llanto ahogaba sus palabras.

— Pero, señorita — exclamó enternecida la sirvienta.

— No me abochorne usted mas.

— Es que no me gusta verla á usted llorar de ese modo.

— Lloro de gratitud — dijo doña Petra besando la mano de su criada.

— Esto es ya demasiado — repuso la señora Juana.

— Permitame usted este pequeño desahogo... ¡está mi corazón tan oprimido!...

— ¡Pobrecilla! Pero reflexione usted que está en un error.

— ¡En un error!

— Me he equivocado al hacer la cuenta... y nada mas. Dispénseme usted señorita. (4)

— ¿Y cuánto tiempo hace que me está usted engañando de ese modo, buena mujer?

— Pero le aseguro á usted...

— No lo niego usted... lo he adivinado todo.

La señora Juana prorumpió en llanto, y cuando pudo hablar exclamó:

— Acaso he hecho mal, señorita; pero... creí que tenia derecho para hacerlo.

— ¿Derecho?

— ¿No se acuerda usted ya?

— ¿De qué?

— De cuando estaba yo en tanta pobreza... y usted...

— Yo nada hice.

— ¿Que no hizo usted nada?

— Lo que hubiera hecho cualquiera.

— Tenia yo á mi hijo enfermo... muy enfermo... y entonces... ¿no acudió usted en nuestro socorro?

— Pero...

— ¿No le debo á usted la vida de mi hijo?

— Pero por amor á ese mismo hijo, no puede usted desprenderse...

— ¡Qué dice usted, señorita!

---

(4) En Madrid suelen dar los criados el título de señorita á doncellas y casadas y hasta á las señoras mayores, particularmente cuando tratan de agradar.

—Yo no debo consentir que con sus escasos medios...

—Necesito muy poco para mis urgencias.

—Tiene usted un hijo.

—Sí, señora, tengo un hijo que vale un tesoro; pero lejos de serme gravoso, no le falta trabajo, gracias á Dios, y todo lo que gana el pobrecillo, lo pone á disposicion de su madre.

—Con todo eso...

—Por Dios, señorita, por Dios, déjeme usted ser agradecida.

Doña Petra estuvo un momento sin saber qué decir.

Por fin, abrió los brazos y estrechando en ellos á la señora Juana, dijo muy conmovida:

—¡Es usted una digna mujer! ¡Tanta abnegacion!... ¡tan tiernos cuidados... me confunden! No sé qué recompensa dar á usted..... no, usted no es mi criada, sino mi igual.

—¿Qué mayor premio para mí que merecer su afecto?

—¡Oh! sí, siempre la querré á usted como hermana. El corazon es el que eleva, no las riquezas ni los titulos. Pero ya lo sabe usted, amiga mia, todo mi afan es ocultar la miseria que nos amenaza... Mis pobres hijos la ignoran... ¡Es tan triste para una madre desvanecer las bellas ilusiones de sus hijos! Disimulemos, se aproxima un caballero.

## CAPITULO IX.

## LA VISITA.

— ¡Qué veo! ¡ Señor de Campofrío! — exclamó con alegría doña Petra.

— Llámeme usted Luis. ¿No soy ya su segundo hijo de usted? —

Y diciendo esto el conde de Campofrío, abrazó afectuosamente á doña Petra.

— ¡Bien venido, Luisito! ¡Cuánto me alegro de ver á usted!

— Ayer tuve la dicha de abrazar á mi querido Andrés.

— Nada me ha dicho.

— ¡Cómo! ¿no se lo ha dicho á usted?

Y para sí dijo con amargura:

— ¡Válgame Dios! tampoco le habrá dicho lo del almuerzo.

Y en este momento se oyó la voz de Lucas que se aproximaba continuando el canto de los escéntricos versos del Tripili en estos términos:

¡Mire usted que me muero de hambre!

¡Mire usted que ayer no cené!

Mire usted, mire usted, mire usted...

— Aquí viene alguno que seguramente se está mofando de mí. ¡Qué veo! ¡y es el pintamuestras de las manchas!

— ¡Oh, señor conde! — exclamó Lucas al presentarse.

— Cuidado con no mancharme de nuevo — repuso el conde retirándose.

— No hay miedo... hoy no traigo pinceles..... Además ya sabe usted que

sé quitar perfectamente las manchas. Ya vé usted, lleva la misma levita, y nada se conoce.

—Lo que es conocerse... no; pero...—

—Vamos, que no puede usted tener la menor queja de mí.—Y dirigiéndose á los demás añadió: —¡A Dios señora doña Petra! ¡A Dios madre! Hoy tengo mucho que hacer en casa de mi maestro. ¡Hasta otro ratito! Volveré por el periódico.

Y desapareció cantando:

Peluquin, peluquin de Anton.

Así que se hubo marchado Lucas, empezó la señora Juana á gritar:

—¡Señorito Andrés! ¡Señorita Adela! Aquí tienen ustedes una visita.

Don Luis asombrado murmuró para sí:

—¡Demonio! ¡no me esperaban! ¿Si habrán almorzado ya?—

—¡Venga un abrazo, mi querido Luis!—dijo Andrés presentándose.

—¡Señor de Campofrio!—esclamó con ruborosa alegría Adela.

—Yo soy, hermanita.

—Mamá, Luis almuerza hoy con nosotros—dijo Andrés.

Don Luis y doña Petra esclamaron para sí á un mismo tiempo:

—¡Respiremos!—el primero.

—¡Qué compromiso!—la segunda.

—Sin cumplimientos—añadió el conde.

—Como en casa de buenos amigos—repuso Andrés.

—No consiento ningun extraordinario por mi causa.

—Se supone.

Y por lo bajo se dijo el conde:

—Bien decia yo que no podian haberse desayunado.... como que apenas

son las diez.

—¿No es verdad, madre—preguntó Andrés—que Luis está buen mozo?

—Como siempre—respondió doña Petra—pero le encuentro más descolorido.

—Eso lo hace el trage negro—alegó el conde, añadiendo para sí:—y los ayunos.

—¡Vaya, vaya, don Luisito!—dijo la señora Juana.

—A ver, á ver como se luce usted—esclamó el conde—porque supon-

go que nos hará usted el almuerzo.

— Corre de mi cuenta.

— ¡Señora Juana! — dijo agobiada doña Petra.

— No se ocupe usted de nada, señorita.... Yo lo dispondré todo en un instante.

— Sí, sí, en un instante — repitió el conde. — Recomiendo á usted la prontitud, porque tengo bastante apetito.

La señora Juana se retira á la cocina.

Doña Petra se pone la mantilla.

— ¿Qué es eso? — preguntó Adela. — ¿Vuelve usted á salir, mamá?

— Sí, hija mia.

— ¡Cómo! ¿Se vá usted, señora? — preguntó el conde á su vez.

— ¿Se marcha usted en estos momentos en que acaba de llegar nuestro amigo? — exclamó Andrés.

— Luisito es de casa — respondió doña Petra — y no estrañará que me ausente por pocos instantes.

— Siento mucho que nos prive usted de su amable compañía — dijo el conde — pero si es para pocos instantes...

— Volveré muy pronto — repuso doña Petra. — Es una diligencia precisa...

— ¿Qué negocios trae usted entre manos, mamá? — preguntó Adela.

— ¡Otra vez con tu curiosidad! — exclamó la madre.

— Tiene razon Adela — dijo Andrés. — ¿Qué negocios tan urgentes pueden separar á usted de nosotros en estos dichosos momentos?

— ¡Dichosos! — pensó doña Petra con amargura.

— Mire usted que ha de estar aquí antes de un cuarto de hora — añadió Adela.

— Poco tiempo me concedes — dijo doña Petra sonriéndose. — Haré lo posible por complacerte. A Dios, hijos míos.

Adela y Andrés abrazaron y besaron á su mamá.

Don Luis dió la mano á doña Petra exclamando:

— No olvide usted que todos quedamos aguardando con impaciencia su regreso.

Y doña Petra, al marcharse, exclamó en voz baja:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡piedad para ellos!

Hacia un rato que habian quedado solos el conde y los dos hermanos sin haber pronunciado una palabra.

Andrés seguia hojeando el periódico, y dijo:

—El buen Lucas no ha querido llevarse este diario porque no habia yo concluido su lectura, y ahora tendrá que venir por él y distraerse de sus ocupaciones.

—Es un buen muchacho ese jóven —dijo Adela.

—A lo menos es muy afortunado —añadió el conde— en haber logrado interesar á una jóven tan linda como usted.

—Dejando aparte la lisonja —repuso Adela con rubor— ha de saber usted, amigo mio, que ese jóven es un pobre pintor...

—¡Un pintor! —esclamó don Luis con cierta aspereza.

—¿Qué tiene eso de particular? —preguntó Adela.

—No me hable usted de pintores.

—¿Por qué razon?

—No les puedo ver... me horrorizan.

—¡Es posible! ¿A usted que es tan amigo de lo bello?

—Es que no siempre es bello lo que sale de sus pinceles.

—Ya se vé, suelen tambien pintarse mamarrachos solemnes; pero esto no disminuye lo sublime del arte, ni la belleza de los buenos artistas.

—Pero cuando estos artistas están con su pincel en la mano, son mas terribles que Longinos con su lanza.

—Ya sé por qué dice eso —esclamó Andrés soltando una carcajada.

—¿Por qué? —preguntó Adela.

—Porque ayer mismo, un pintorcillo de muestras, le hizo esperges desde un andamio, y le salpicó la levita de lo lindo.

—¿Y dónde fué eso? —preguntó riéndose Adela.

—En la plazuela de Santa Cruz, señorita —respondió el conde.

—¡Calle! ¡Qué casualidad!

—¿Cómo así?

—Como que el pintor que tanto ódio ha despertado en usted contra la mas bella de las bellas artes, es precisamente el jóven de quien hace poco venimos hablando. ¡Pobrecillo! Si usted le conociera..... es muy honrado y muy servicial...

—Demasiado servicial —repuso el conde — pues hace servicios á las gen-

tes, que nadie le pide. Primero echa las manchas sin siquiera decir: «agua vá...» y luego coge á la víctima y la empapa en aguarrás.

—¿Aun te dura el enfado?

—A mí no... he visto ya al pintorcillo en esta casa... que para mí es un sagrado... y nos hemos hablado con la franqueza de antiguos camaradas.

—Es un pobre muchacho...—dijo Adela—hijo de la señora Juana.

—¿Es hijo de esa buena mujer que nos hace el almuerzo?—preguntó el conde.

—De la misma—respondió Andrés.

—Siendo así quedo completamente reconciliado con él.

—¡Siempre el mismo buen humor!—esclamó Andrés, y tomando un tono mas grave y formal, añadió:—Adela, te prevengo que desde hoy en adelante hables con el debido respeto á este caballero, que ya no es el Luis á quien tú conocias, sino el excelentísimo señor conde de Campofrio... ¡Un millonario!...

—¡Millonario!—pensó Adela con disgusto.

—Amigo mio—repuso el conde—no me hables por Dios de mis títulos... y mucho menos de mis riquezas... abomino semejante conversación.

—¿De veras?

—No hay cosa que mas me disguste.

—Así te quiero yo, querido Luis, porque siempre he pensado del mismo modo.

—Mé alegro de nuestra conformidad de opiniones.

—Dejo á mi madre el cuidado de los intereses; jamás la he preguntado por el estado de nuestra fortuna. Y sin embargo, algunas veces deseo ser rico, únicamente por mi hermanita.

—Y yo quisiera ser rica por tí, hermano mio—repuso Adela.

—Teniendo una fortuna modesta—dijo don Luis—para vivir con decoro, es lo que basta.

—Por ahora tenemos lo suficiente—añadió Andrés.—Espero que en breve me proporcionará mi empleo lo supérfluo. Y en cuanto á Adela, sin perjuicio de poder contar siempre con lo que tenga su hermano, es de creer que su belleza, sus virtudes y sus buenas cualidades para el gobierno de una casa, le facilitarán un marido digno de ella.

—¡Qué cosas dices!—esclamó ruborizada la jóven.

—¿Siéntes que diga la verdad?

—Estás muy fastidioso.

—Ya se ha püesto colorada... ;Ea! no te avergüences ni vayas á enfadarte conmigo.—Y después de hacer una caricia á su hermana, dijo Andrés á don Luis:—Chico, espero que me permitas ir á afeitarme. Hoy que tenemos un convidado, no es cosa de almorzar con la barba larga.

—Haz lo que gustes—dijo el conde—pero yo no he de comer mas ni menos por eso.

—Hasta luego.

Y Andrés se retiró á su cuarto.

Don Luis y Adela quedaron solos, sin atreverse á pronunciar una palabra.

—Hace un dia escelente—esclamó por fin don Luis.

—En efecto—dijo Adela.

—El frio ha menguado bastante.

—En efecto.

Y siguió á este breve coloquio una larga pausa.

—¡Oh pobreza!—pensó don Luis—tú pones un candado en mis lábios!

—Mi presencia le es indiferente—pensó Adela—tal vez desagradable...

Después de otra pausa, continuó el conde.

—¿Se han divertido ustedes mucho en Madrid durante mi ausencia?

—No señor.

—¡Es posible! Con tan brillantes reuniones...

—Ya sabe usted que no concurrimos á ellas.

—¿Por qué no?

—Nuestra condicion humilde no nos dá derecho á frecuentar los salones de la aristocracia.

—Déjese usted de preocupaciones; la virtud y la belleza son las reinas de la aristocracia del bello sexo.

—Y aun cuando así fuera ¿puedo yo lisonjearme de poseer esos dotes?

—Y en grado eminente, señorita.

—¿Qué sabe usted?

—Lo dicen cuantos conocen á usted.

—Para conocer bien á una persona es preciso vivir con ella.

—¿Y no la conozco á usted desde mis primeros años?

—Es verdad, pero...

— Además, su hermanito de usted lo ha dicho hace poco.

— ¿Qué ha dicho Andrés?

— Está tan conforme con mi opinión, que no he olvidado una sola palabra de su frase.

— Tiene usted buena memoria.

— Usted misma juzgará; ha dicho así: en cuanto á Adela, es de creer que su belleza, sus virtudes y sus buenas cualidades para el gobierno de una casa, le facilitarán un marido digno de ella.

— Ha sido una chanza pesada de mi hermano, que no ha dejado de escitar mi disgusto.

— En este caso, sentiria haber incurrido yo tambien en el desagrado de usted; pero no entiendo cómo puede serle desagradable la verdad, y una verdad que tanto la honra...

— Si fuera así...

— Usted misma se ha dictado la sentencia.

— ¡Yo misma!

— Ha dicho usted que para conocer á una persona era preciso vivir con ella, y como su hermanito de usted siempre ha vivido en su compañía, debe conocer á usted perfectamente, de lo cual debe deducirse que no se equivoca cuando pondera las hermosas prendas que á usted adornan.

— No quiero prolongar una discusion en la que naturalmente debe usted llevarme una gran ventaja.

— La de la razon, señorita, que está toda de mi parte.

— O acaso la del arte de galantear que parece posee usted en alto grado, mientras yo, pobre de mí, bien sea por nuestro aislamiento, bien por carecer del mérito suficiente para atraerme semejantes galanteos, no estoy avezada á esas luchas de cortesania.

— No me hable usted de ese modo, Adelita, por Dios.

— ¿He dicho algo que pueda ofender á usted?

— ¡Oh! no, eso es imposible..... usted no puede nunca ofenderme; mas hace usted muy mal..... disimule usted mi franqueza..... en decir que carece usted de mérito... ¡Por Dios! ¡por Dios!... esa es una blasfemia. ¿Hay acaso en Madrid quien la aventaje, quien la iguale, quien ni siquiera se aproxime en amabilidad y en belleza...

Una carcajada de Adela interrumpió la apasionada frase del conde.

- ¿Se rie usted, amiguita? — continuó este.
- ¿No me he de reir al verle á usted de tan buen humor?
- Hablo con toda formalidad.
- ¡Ojalá fuera así!
- Aun cuando fuera yo capaz de no decir lo que siento, jamás me atrevería á mentir á su lado de usted.
- ¿Tanto respeto le infundo?
- El que infunde la virtud.
- ¡Otra vez!
- Otra y ciento, señorita, repetiré lo que ha dicho su hermanito de usted, que es digna por todos conceptos de un esposo que la haga feliz.
- Y yo tengo una satisfaccion verdadera en merecer á usted tan ventajoso concepto, siquiera en gracia de ser el primero, dejando aparte las tonterías de mi hermano, que me ha honrado con tan agradables lisonjas. Pero... ¡habrá usted dicho lo mismo á tantas mujeres!
- Tiene usted formado muy mal concepto de mí.
- El que generalmente se tiene de los jóvenes galantes. Las reglas de la urbanidad exigen toda esa finura con que ustedes, los elegantes, saben agradecer al bello sexo; y antes que faltar en lo mas mínimo á la galantería de un cumplido caballero español, capaces son ustedes de fingir sentimientos que están en completo desacuerdo con lo que hay en lo interior de su conciencia.
- Ha hecho usted con talento una fiel pintura del joven cortesano; pero creo que me conoce usted en demasia, amable Adela, para que me confunda con la turba de aduladores que tanto abunda en los salones aristocráticos. Ni tengo las preocupaciones de la aristocracia, ni me dejo avasallar por las costumbres palaciegas, ni diré jamás lo que no sienta mi corazon.
- ¿Y si la verdad pudiese ofender á una persona á quien usted estimase?
- Callaria la verdad; pero jamás diria la mentira.
- ¿Esto quiere decir que se puede creer á ojos cerrados en cuanto usted dice?
- ¿Y usted lo duda, Adela?
- Aunque no sea mas que por egoismo, véome obligada á creerle.
- ¡Por egoismo!
- Me ha dicho usted hoy unas cosas tan lisonjeras...

—Que habrá usted oído mil veces con placer á otros jóvenes.

—No lo crea usted.

—Eso es imposible.

—¿Por qué razon?

—Porque una niña de los atractivos que usted posee, llama siempre la atencion de los hombres, y no puede menos de tener mil apasionados que le dirijan palabras de amor.

—Eso puede ser.

—Siendo así ¿por qué me dice usted que no lo crea?

—Porque usted me ha dicho que habré oído mil veces con placer sus requiebros.

—¿Y no es eso verdad?

—No señor..... generalmente me son molestos los elogios, y mas cuando solo se pronuncian por pasatiempo.

—Vamos, que entre los muchos galanteadores que le habrán dirigido á usted palabras amorosas, alguno habrá sido mas afortunado que los demás.

—Tal vez.

—Eso quiere decir que hay alguna predileccion en el corazon de usted.

—Tal vez.

Y al repetir estas palabras en voz trémula, la pobre Adela dirigió una mirada al conde que avivó el amor que ya este jóven sentia por ella; pero no creyó que fuese él el favorecido.

—¡Dichoso mortal el que es digno de tan honrosa preferencia!

—¿Lo cree usted así?

—Debe ser la mayor de las felicidades, ser amado de la persona á quien se ama.

—¿Y no se halla usted en este caso, señor conde?

—Lo dudo, Adelita, y estas mismas dudas me hacen gozar mil delicias cuando se inclinan á la esperanza; pero desgarran mi corazon cuando alienan mi temor de no ser correspondido. Pero ¿por qué me llama usted señor conde? Antes me llamaba usted Luis... me trataba usted como á su segundo hermano.

—Las circunstancias han variado.

—¡Oh! no, de ninguna manera.

—Es usted conde... pertenece usted á la mas alta aristocrácia... es usted

millonario... ya ve usted ¡ cuánta diferencia entre usted y nosotros!

— ¡ Diferencia entre nosotros!

— ¡ Cuántos motivos de respeto para mí!

— ¡ Respeto!... por Dios, Adelita, no me hable usted así... mi amistad es siempre la misma.

— ¡ Amistad! — pensó con dolor la enamorada joven.

— Yo no quiero infundir á usted respeto, mi querida amiga... otra pasión mas tierna es la que ambiciono...

— Sí, sí, lo ha dicho usted ya — repuso Adela con amargura — ambiciona usted mi amistad.

Y la pobre niña no pudo contener una lágrima que rodó por su virginal megilla.

— ¡ Adela! — exclamó el conde con una expresión indefinible.

— ¡ Amigo Luis! — dijo con afectada sonrisa la inocente joven.

— ¿ Qué tiene usted?

— ¡ Yo!... nada...

— ¡ Está usted conmovida!..... ¡ He visto deslizarse una lágrima de sus ojos!...

— No sé disimular, amigo mio..... me ha conmovido su bondad de usted. Al oírle decir que es usted el mismo... al saber que su nueva posición no ha alterado en nada el afecto que profesa á nuestra familia, se ha enternecido mi corazón.

— Es que me moriría de pesar si supiera que ha vertido usted una sola lágrima de dolor por culpa mia.

— ¿ Tan grande es el interés que puedo inspirar á usted?

— Sí, Adelita, sí — dijo el conde con todo el fuego de amor — porque la quiero á usted sinceramente... la amo...

— ¡ Dios mio! — exclamó Adela radiante de júbilo.

El conde creyó haber dicho demasiado, y añadió:

— La amo á usted como á una hermana.

— ¡ Como á una hermana! — pensó tristemente Adela.

— Antes me llamaba usted su hermanito... Cuando los dos eramos niños... ¿ no se acuerda usted?

— ¿ Cómo es posible olvidar aquellos momentos felices? Desde entonces han pasado algunos años con asombrosa rapidez. Usted ha frecuentado los

mas brillantes salones de la alta sociedad..... habrá usted conocido mil jóvenes encantadoras...

— Ninguna tan buena como usted.

— ¿De veras?

— Es usted un ángel.

— Pero usted las ha visto mas hermosas...

— Mas hermosa que usted, Adelita, ninguna.

— Mas amables...

— No es posible.

— Con mas gracias...

— Aventura usted á todas.

— Mas ricas y de mas elevada alcurnia... Entre estas damas, amigo mio, habrá seguramente quien por sus talentos y virtudes, unidos á su aristocrática posicion social, haya tenido la fortuna de agradar á usted y merecer su cariño. Esto es muy natural..... seria muy raro que no sucediera..... y usted debe ya haber pensado en proporcionarse una esposa que le convenga, que tanto por sus blasones como por sus riquezas sea digna de la mano de usted, y esta dichosa mujer debe por fuerza avasallar el corazon de usted, debe apoderarse de todo el fuego de amor que arda en él, y no dejar escapar mas que algun débil destello para los antiguos afectos... para esa amistad que usted profesa á los amigos de su niñez. Confiese usted, amigo Luis, que ha de ser bastante poco lo que me corresponda de su cariño.

— No he querido interrumpir á usted, Adelita, por no parecer grosero; pero ahora me permitirá usted que desvanezca sus graves equivocaciones.

— Me parece que no le será á usted muy fácil — dijo sonriéndose la celosa niña. —

— Creo haber dicho á usted que no me dejo avasallar por ridiculas preocupaciones. Muerto mi padre, nadie queda en el mundo á quien deba yo dar cuenta de mis acciones, y en todas ellas seguiré los consejos de la cabeza cuando vayan hermanados con los impulsos del corazon. Yo, señorita, no creo ser hoy mas por haber heredado un título de nobleza, que ayer antes de ser conde. La nobleza... hablo de la verdadera nobleza, no se hereda, no surge de vetustos pergaminos, nace de las buenas acciones, que son las que elevan el alma y mejoran las costumbres. Nobleza y virtud son sinónimos para mí... son dos joyas inseparables que no pueden existir la una sin la otra.

— ¡ Con cuánto placer oigo á usted espresar esos bellos sentimientos ! Pro-siga usted , amigo mio.

— La riqueza tampoco da al hombre mayor dignidad de la que Dios y la naturaleza le dieron al nacer . Podrá proporcionarle goces , comodidades , bien-estar , sosiego , cuando el afan de adquirir mas y mas oro no abre á los que le poseen el sendero de la insaciable codicia , cuyo cortejo se compone de todo linage de crímenes . Lícito y aun laudable es el deseo de hacerse rico honradamente para alcanzar en el mundo el inestimable bien de la independen-cia y poder secar el lloro de los desvalidos ; pero la pobreza honrada , es para mí , digna de amor , de respeto y de veneracion , y en el caso de tener que elegir esposa entre una orgullosa palaciega y una infeliz hija de la clase arte-sana , honrada en medio de la indigencia , no titubearia en escoger á la última con la seguridad de que no habia de arrepentirme de la eleccion .

— Luis , Luis — dijo conmovida Adela — perdone usted mi equivocacion ; le creia á usted un jóven honrado ; pero veo que es usted un tesoro de per-fecciones... un modelo de virtudes .

— Gracias , Adelita ; mas no he acabado aun . Quiero dar á usted una nueva prueba de confianza , esperando solo que no revele usted á nadie mi secreto .

— Descuide usted .

— En esta casa , lo mismo que en todo Madrid , se cree que soy rico.... muy rico... millonario... Todos se equivocan .

— ¡ Qué me dice usted !

— Soy pobre... estoy enteramente arruinado ; esta ha sido mi herencia .

— ¡ Pobre ! — exclamó Adela con alegría .

— Pero no se allija usted — añadió el conde — aun me quedan recursos pá-ra hacer un arreglo con mis acreedores , y gozar después cierta fortuna , que aunque modesta , me dejará vivir cómodamente con sosiego .

El conde llevaba tambien en esta revelacion la idea de que en caso de que Adela le amase , no viviese engañada , y le quisiese por su mérito perso-nal y no por sus riquezas .

Estaba , sin embargo , persuadido de que era una locura concebir lison-geras esperanzas , mayormente cuando la interesante jóven acababa de decla-rar con toda franqueza que su corazon abrigaba un amor predilecto , y el conde estaba muy lejos de pensar que pudiera ser él el objeto de semejante

predileccion; y aunque notaba con placer la singular amabilidad con que le hablaba Adela, atribuía esta circunstancia á la bondad de su carácter, por lo cual no estrañaba que se tomase tan vivo interés por su suerte.

Figurábase que le queria como á un hermano, y su temor de hacer á la jóven una formal declaracion de amor, subió de punto desde que adquirió la conviccion de que amaba á otro.

El conde hubiera querido hallar en su amiguita alguna predisposicion á corresponderle, y aplazar su amorosa declaracion hasta que hubiese tenido arreglados sus negocios para poder ofrecer á la virtuosa jóven, un porvenir exento de los apuros que á la sazón le rodeaban, y si no tan brillante como correspondia á su elevada alcurnia, suficiente para labrar la dicha de su esposa y de los hijos que de su matrimonio debia prometerse.

Deseoso de merecer toda la confianza de Adela, y no contento con solo saber que su corazon amaba, ansiaba conocer el objeto de un amor que él envidiaba, y esta es otra de las razones que le habian impelido á revelar todos sus secretos.

Adela no habia sido tan esplicita; pero creía haber dicho lo suficiente para que el conde conociera que le amaba, y aun temia haber hablado con demasiada claridad; mas el conde le habia dicho de una manera terminante que la queria como á una amiga, que la amaba solo como á una hermana, y esto alejaba la esperanza de su corazon.

Hé aquí por qué su conversacion, en vez de animarse progresivamente, fué perdiendo su natural calor, y pasó por fin á un coloquio frio é indiferente sobre generalidades que no tenian para ellos el menor interés.

En este estado les encontró Andrés cuando volvió á presentárseles recién afeitado.

— Ya estoy listo de mi *toilette*—dijo componiéndose aun el lazo de la corbata.

— ¡Pues no estás poco elegante! — exclamó el conde.

— Como que tenemos hoy en la mesa al prototipo del buen gusto...—repuso Andrés.

— Sí á fé, y me presento con esta levitilla—prosiguió el conde.

— Una levitilla muy bien hecha... ¿Y es la de las manchas?

— Me he acostumbrado á ella... Ya ves, el luto no es susceptible de gran lucimiento.

—Pues te cae bien lo negro... ¿No es verdad, Adela, que le sienta bien el traje de luto á Luis?

—Sin embargo—dijo ruborizada la jóven—mejor fuera que no le vistiese.

—¿Le desagrado á usted con este traje, señorita?—preguntó el conde.

—Me desagrada el motivo que se lo hace llevar.

—Bien contestado—esclamó Andrés, y dirigiéndose al conde le preguntó:—Es tan discreta como hermosa, ¿no es cierto?

—Hace tiempo que conozco esa verdad—respondió el conde.

—No quiero que se burlen ustedes mas de mí—dijo Adela en ademan de retirarse.

—¿Se va usted?—preguntó don Luis.

—Voy á dar un vistazo á la cocina, pues me parece que pronto estará mamá de regreso.

—Sí, sí—dijo el conde—dé usted prisa á la señora Juana.—Y añadió para sí:—no sé disimular el hambre que me atormenta.

Adela hizo por su parte esta triste reflexion:

—¡Se alegra de que me separe de aquí! ¿Qué mayor prueba de que no me ama?

—Entretanto—preguntó don Luis á su amigo:—¿podré hacer algunos garrapatos en tu habitacion?

—¿Tienes que escribir?

—Un par de cartas.

—¿De amores?

—¿Quieres que tenga novias á pares?

—¡Qué sé yo!... vosotros los aristócratas sois tan enamoradizos...

—Voy á escribir á mi procurador—dijo en alta voz el conde, y para sí añadió:—y al mas tenaz de mis acreedores.

—Ya sabes que estás en tu casa.... En mi cuarto hallarás todo lo necesario.

Y al salir de la sala, dijo el conde por lo bajo:

—¡Dame tu inspiracion, oh musa de los hambrientos!

## CAPITULO X.

### UN DESENGAÑO.

Mientras el conde de Campofrio se retiraba, su amigo Andrés, que le profesaba un verdadero cariño, exclamó:

— ¡Qué dichoso debe ser ! ¡ Y me parece sin embargo que está pensativo y triste ! Es natural que como buen hijo haya sentido la muerte de su padre. No hay duda que es una verdadera desgracia. Yo era muy niño cuando supe el fallecimiento del mio, y me causó un pesar que me duró largo tiempo. Aun ahora, siempre que me acuerdo de mi padre, vierto lágrimas de dolor.

Andrés llevó su pañuelo á la cara y después de secarse los ojos, prosiguió:

— A la edad de Luis, ha de ser aun mas sensible la pérdida de un padre... Si tuviera yo la desgracia de presenciar la muerte de mi madre... estoy cierto que me faltarian fuerzas para resistir semejante infortunio. ¿ A qué vienen ahora estas tristes reflexiones ? No debo estrañar la melancolía de mi amigo.... Está demudado.... ¡ qué palidez la suya !.... Siempre distraido.... siempre como preocupado en amargas meditaciones... Bien dicen que no hay en el mundo felicidad completa. Ser conde y millonario en lo mas florido de la juventud... Verse dotado por la naturaleza de una arrogante figura... Haberse granjeado una honrosa reputacion, que es respetada y estimada en todas las clases de la sociedad..... son verdaderamente cuantas circunstancias

pueda apetecer el mas descontentadizo para ser completamente feliz, y sin embargo...

Andrés juzgaba por las apariencias, y se engañaba.

Todos en el mundo solemos juzgar tambien por las apariencias, y nunca pensamos en lo engañosas que estas pueden ser.

¡Cuántas veces envidiamos la dicha de los que viven entre acerbas angustias que por estar escondidas bajo las apariencias de la felicidad, son mas punzantes y desgarradoras!

— Es verdaderamente envidiable la suerte de Luis..... — prosiguió Andrés. — Sin obligacion alguna... Sin precision de tener que trabajar para ganarse la subsistencia.... sin necesidad de buscar un empleo para vivir..... ni de aburrirse en las oficinas años y años antes de ganar un sueldo miserable..... un sueldo que á lo mejor se pierde porque prevalece la intriga sobre la razon, ó porque ocurre un pronunciamiento.... muy glorioso para los que suben, pero que deja en la indigencia á los que bajan.... Esto es pesadísimo y se hace insoportable al ver á otros jóvenes, que como Campofrio viven en medio de la abundancia y de los placeres... sin necesidad de hacer cortesias á superiores llenos de orgullo, ni tener que adularles por mas que uno conozca su ineptitud. ¡Vaya una envidiable posicion social la mia! Afortunadamente la ambicion no me mortifica, ni he tenido jamás apego á los intereses. Hé aquí por qué no he mandado una y mil veces á los infiernos la carrera de oficinista. Mi madre cuida perfectamente de nuestra fortuna, puedo vestir con decencia, ir á algun teatro una que otra noche, y no nos falta á Dios gracias una mesa á propósito para satisfacer el apetito, sino con requisitos de gran coste, con platos bien condimentados y sabrosos. Estoy cierto que hoy le gustará á Luis el almuerzo mucho mas que el que habrá comido ayer en su casa. ¿Por qué, pues, he de envidiar su suerte ni la de nadie? ¡A fuera! ¡á fuera la envidia, que es una pasion ruin! Contentémonos con la categoria de meritorio sin sueldo; pero con la esperanza de obtenerle muy pronto, y bendigamos á una madre, ejemplo de las madres, que con tanto acierto cuida del bienestar de sus hijos. Hecha esta resolucion, me declaro feliz desde este momento.

De improviso presentóse un caballero en la habitacion donde Andrés acababa de hacer las precedentes reflexiones.

Era Mendilueta, el banquero de Barcelona.

- Aquí es — dijo al entrar.
- ¿Qué se le ofrece á usted, caballero? — le preguntó Andrés.
- ¿Está visible la inquilina de este cuarto?
- Es mi madre.
- Sea en hora buena. ¿Se la puede hablar?
- Acaba de salir.
- ¡Siempre escusas!
- Aquí no hay escusa alguna, mi madre acaba de salir.
- ¿Es eso verdad?
- Caballero — exclamó Andrés resentido — me ofende esa pregunta.
- Es usted delicado en demasía.
- Y usted lo es poco al suponer que yo miento.
- Como esas mentirillas están en uso en todas las casas... ¡Muchas veces se dice que no están los amos en ellas, y sin embargo...
- Repito á usted que mi madre ha salido.
- Será así...
- Puede usted esperarla si le acomoda.
- No me gusta esperar á nadie.
- Es que volverá pronto.
- Me es imposible; pero una vez que es usted su hijo, lo mismo da. Me explicaré.
- Como usted quiera.
- Voy á decirle á usted el motivo de mi visita.
- ¿Quiere usted sentarse?
- Y Andrés ofreció una silla al banquero.
- Gracias, estoy bien así. Yo soy el dueño de esta casa.
- No tenía el gusto de conocer á usted.
- Hace algunos años que viven ustedes en ella.
- Así es en efecto.
- Yo no me ocupo de si mis inquilinos pagan ó no al corriente. Eso es incumbencia del administrador.
- ¿Y bien?
- Tampoco soy amigo de tomar medidas de cierto género..... porque cuento con la buena fé, con los medios y con el deseo de pagar de mis inquilinos...

- Ese lenguaje...
- Es hijo de mi estremada bondad... bondad que por lo que veo de nada sirve en el caso presente.
- No entiendo á usted, caballero.
- Hablaré mas claro: su madre de usted no me ha cumplido ni una sola de sus promesas.
- ¿Qué dice usted?
- Lo que usted oye.
- ¿Es posible que mi madre?...
- Ayer mismo me empeñó su palabra, y cuando vengo á recordársela... ya vé usted qué casualidad... la buena señora ha salido!
- Puede usted creer...
- Yo creo lo que veo. En una palabra, dígame usted que le concedo todo el dia de hoy de término... no se quejará de que no le haya tenido toda suerte de consideraciones; pero si hace burla de ellas, mañana, mañana mismo continuarán las diligencias judiciales.
- ¿Pero qué le debe á usted mi madre?
- Tres meses de alquiler.
- ¡Tres meses!
- Eso es lo que me debe.
- ¡Dios mio!
- ¿Y usted lo ignoraba?
- Si señor.
- Pues ya tiene usted la edad suficiente para saber lo que sucede en su casa.
- ¿Pero es posible?
- Mejor seria que no lo fuera... yo tendria el dinero en mi caja, y ustedes no se verian en ese apuro.
- ¡Qué bochorno! — pensó Andrés.
- Espero que dará usted el recadito á su mamá, tal como acabo de espresarle.
- Caballero...
- Nada tiene usted que añadir... mi resolucion es invariable..... y tengo mucha prisa. Quede usted con Dios.
- Y al salir díjose á sí mismo :

—Es cosa insoportable tener casas en Madrid.

—¡Válgame Dios! — exclamó Andrés cuando quedó solo.— ¡Qué triste y repentina revelación!... ¡Y cuando yo acababa de ponderar mi dicha!... Pero... ¿será cierto? ¡Oh! si lo será..... ¿á qué habia de mentir ese hombre? «Ya tiene usted edad para saber lo que sucede en su casa» me ha dicho. ¡Amarga reconvencion! pero justa, merecida..... Tal vez mi indolencia es causa de todo... Mi pobre madre andaba estos dias tan agitada... Pronto saldré de dudas.

Y aproximándose á una papellera, comenzó á examinar documentos.

— ¿Qué papeles son estos?..... Intimaciones..... cartas llenas de insolencias... de negativas... de amenazas... ¡Dios mio! ¡una citacion judicial!..... ¡Y nada de esto sospechaba!... ¡Infeliz de mí!

Andrés azorado abre todos los cajones y los registra minuciosamente.

—Aquí no hay nada... nada absolutamente..... ¡Esto es espantoso!... Ni dinero, ni alhajas... ¡Únicamente papeletas del Monte de Piedad!

Andrés se dejó caer en una silla en ademan de abatimiento.

Después de profundas meditaciones, se levantó exclamando con desesperacion:

— ¡Pobre madre... que se sacrificaba en silencio!... ¡Qué ignorancia tan criminal la mia! ¡Qué desengaño tan cruel el que acabo ahora de recibir!

## CAPITULO XI.

### LA AVERIGUACION.

- Aquí está el señorito—dijo Lucas presentándose en la sala con Trifon.
- ¿Quién hay?—preguntó Andrés procurando serenarse.
- Este pobre hombre—respondió Lucas—desea...
- ¿Qué hombre es ese?
- El pordiosero de Santa Cruz.
- Dios le ampare á usted, hermano... no me es posible en este momento socorrer á usted.
- No vengo á pedir una limosna, señorito—dijo Trifon.
- ¿Qué quiere usted?
- Deseo hablar á solas con usted.
- Ya lo oyes, Lucas—dijo Andrés.
- ¿Quiere usted que me retire, señorito?—preguntó Lucas.
- Si tu presencia es un estorbo para que este buen hombre se explique...
- Con todo, antes de irme, vea usted que bien ha quedado este marco.
- Y Lucas descubrió el retrato del padre de Andrés, que llevaba cubierto con su pañuelo.
- Como nuevo—dijo Andrés.—Cuélgale en su sitio, y luego en mi cuarto hallarás sobre la mesa el periódico que me prestaste.
- ¿Es su retrato de usted?—preguntó Trifon mirando el cuadro.

— Es el de mi padre.

— Disimule usted la libertad que me tomo al dirigirle esta pregunta.

— Ya está en su sitio— dijo Lucas, y añadió por lo bajo: — Voy por el periódico y vuelvo inmediatamente; no quiero dejar al señorito solo con este hombre.

Lucas se retiró precipitadamente.

— ¿Qué tiene usted que decirme?

— Yo conocí en Barcelona á un sugeto que se parecia mucho á ese retrato, lo mismo que á usted.

— Podrá ser muy bien; pero lo que deseo saber es el asunto que le trae á usted aquí.

— No es ageno lo uno de lo otro.

— Hágame usted el favor de explicarse con brevedad.

— Ese caballero á quien conocí en Barcelona...

— ¿Cómo se llamaba?

— Ibarrola.

— ¡Ibarrola!

— Y era capitán de buque... del *Veloz* si no me engaño.

— Era mi padre. ¿Le conoció usted por ventura?

— De verle alguna que otra vez... Esto era todo cuanto deseaba saber. Traia una carta de introduccion para usted... y aun no ha llegado el caso de hacer uso de ella...

— ¿Una carta de introduccion?

— Y de una persona á quien no puede usted desairar.

— A ver.

— Tome usted, señorito.

Y Trifon entregó á Andrés el devocionario de su madre.

— ¡Un libro!

— ¿No sabe usted de quién es ese libro?

— Es el devocionario de mi madre... ¿Cómo está en poder de usted?

— Ayer se le cayó en la plazuela de Santa Cruz, y yo lo recogí.

— ¿Por qué no se lo entregó usted entonces?

— Porque le juzgué necesario para introducirme en esta casa. Por eso le he llamado mi carta de introduccion, que aunque pobre andrajoso, entiendo bastante las cosas de comercio.

—Si no tiene usted algo más que decirme... — dijo Andrés.

—¿Encuentra usted ya molesta mi visita? Es natural... ¿qué provecho ha de sacarse de un pobre pordiosero?

—No lo digo por eso; pero tengo mil cosas que hacer, y ambos estamos perdiendo el tiempo.

—Espero que algún día le serán á usted agradables mis visitas... porque aun cuando usted no me ofreciese la casa, olvido imposible en una persona tan bien educada, hace tiempo que estoy en relaciones con su buena madre de usted y con su caritativa hermanita.

Andrés, á quien chocaban sobremanera todas las frases que habia pronunciado el pordiosero, convenci6se por sus últimas palabras, que el infeliz habia gastado en alguna taberna el producto de las limosnas.

—¿También conoce usted á mi madre y á mi hermana? — dijo Andrés, y queriendo alejar al pordiosero, añadió: —Voy á ver si encuentro algo con qué recompensar á usted el haber traído el devocionario.

—No se incomode usted, señorito, no me hace falta ahora limosna alguna ni he venido á implorarla. Ya la señorita me socorre todos los dias de fiesta en Santa Cruz.

—Sin embargo...

—Repito que nada quiero... he logrado todo lo que apetecía.

—Entonces, vaya usted con Dios, hermano, y le doy gracias por el libro.

—Está usted impaciente porque me vaya, ¿no es verdad? Está usted en la creencia de que pierde el tiempo hablando con un pobre diablo como yo; pero sepa usted, señorito, que mi visita es tal vez el primer paso de su prosperidad.

A pesar del mal humor de Andrés, no pudo menos de reirse de lo que acababa de oír, atribuyéndolo siempre á la embriaguez, tan disculpable en los que no tienen mas recurso para atenuar sus infortunios.

—¿Han terminado ustedes la conferencia? — dijo Lucas presentándose otra vez en la sala.

—Ya hemos terminado — respondió Andrés alegrándose del regreso de Lucas.

—Hemos terminado la primera conferencia — añadió Trifon.

—¡La primera conferencia! — exclamó Lucas.

—Déjale —dijole Andrés por lo bajo.— Tiene una mona como un templo, y no puedo echarle de aquí.

— Dele usted una limosna.

—No la quiere.

— ¡Vaya un mendigo desinteresado! —Y asiendo Lucas á Trifon del brazo, dijole con el único objeto de hacerle salir.—Vamos á echar una copita.

—Vamos allá —dijo Trifon con alegría,—pero ha de ser bajo una condicion.

—Habla.

—Que he de pagar yo.

—Si tan rico eres...

—Estoy de enhorabuena... he hecho una averiguacion importante y estoy resuelto á echar la casa por la ventana. No en vano me llaman el Rum-boso.

—Hace tiempo que tu casa está en la calle —dijo Lucas soltando una carcajada y llevándose del brazo al pordiosero, el cual dijo al salir:

—Hasta otro dia, señorito.—Y con aire grave añadió:—Cuénteme usted por su protector.

—Ese hombre es feliz en medio de la indigencia —reflexionó Andrés— sin duda porque en ella habrá nacido; pero ¿es posible ni siquiera la resignacion cuando viene la miseria en pos del bienestar?

Andrés quedóse nuevamente sumergido en acerbas meditaciones hasta que vino á sacarle de ellas la presencia de su madre.

## CAPITULO XII.

### LA BENDICION MATERNAL.

Al entrar doña Petra en la sala donde estaba su hijo Andrés, tan preocupada venia que no reparó en él, y quitándose la mantilla, la arrojó sobre la primera silla que tuvo á mano, sentándose en un sofá de espaldas á su hijo.

Andrés, que se hallaba ya muy afectado, acabó de conmoverse de una manera extraordinaria al contemplar el aspecto de amargura, de desesperacion y de fatiga que le ofrecia su querida madre, y no tenia aliento para dirigirle la palabra en tan desgarradora situacion.

El hijo miraba á la madre con amoroso respeto, y á pesar del ardiente deseo que tenia de consolarla, temia que le viese, porque estaba cierto de que cualquiera esplicacion en aquel angustioso momento, no podria menos de exacerbar la desgarradora angustia que los dos experimentaban.

Doña Petra, por su parte, no sospechaba que hubiese quien tan de cerca la contemplase, y creyéndose sola, dominada por un acceso de desesperacion, prorumpió en amargo lloro, y estuvo largo rato con el rostro oculto

: